

FUERZAS PRODUCTIVAS Y PRODUCCIÓN AGRARIA EN EL PAÍS VALENCIANO: CRECIMIENTO Y CRISIS EN EL CAMPO DE ELCHE (1730-1850)

Por Pedro M. Ruiz Torres

1. LA EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DURANTE LOS SIGLOS XVIII Y XIX

EL número de los hombres mide una de las principales fuerzas de producción en las economías preindustriales. Es por ello que la demografía se convierte en un indicador del crecimiento o retroceso de las fuerzas productivas. La interacción se establece, según P. Vilar, de la siguiente manera: "L'impuls de la població *explica*, en part, l'impuls de la producció. I també *l'implica*. Registrar l'un és ja registrar l'altre".¹ Al desenvolverse el crecimiento de la población en un marco social determinado, las distintas sociedades se sitúan en "umbrales críticos" que deben ser superados mediante el progreso tecnológico y los cambios sociales correspondientes, a costa, en el caso contrario, del crecimiento alcanzado. Para F. Braudel: "Una población ascendente ve modificarse sus relaciones con el espacio que ocupa; con las riquezas de que dispone; franquea, en su recorrido, 'umbrales críticos', y cada vez se encuentra replanteada toda su estructura".²

La última vez que el municipio ilicitano conoció el contagio pestífero fue en junio de 1677.³ Las precauciones que un año antes se habían tomado para evitarlo, cuando Crevillente y Cartagena lo estaban sufriendo, no fueron capaces de impedirlo. El contagio, que comenzó como siempre en los barrios pobres, se produjo inmediatamente después de que se introdujera fraudulentamente en la villa atún y bonito de un barco que acababa de llegar al puerto de Santa Pola.

¹ P. Vilar, *Catalunya dins l'Espanya Moderna*. Barcelona, 2.^a ed., 1975, III, pág. 15.

² F. Braudel, *Civilización material y capitalismo*. Barcelona, 1974, pág. 20.

³ A.M.E. (Archivo Municipal de Elche), *Setiades*, 1677.

A la peste de 1677, con todas sus secuelas, siguió la guerra, el hambre y las plagas.⁴ Todo ello produjo un bache demográfico en una zona que no debía estar muy poblada en el seiscientos.⁵

La recuperación demográfica se inició bien entrado el siglo XVIII. Según el vecindario de 1712, por entonces había 1.172 vecinos. En 1715 todavía duraba un movimiento de salida de la ciudad hacia el campo iniciado por los habitantes de Elche en la Guerra de Sucesión, temerosa la población de los ejércitos y de los saqueos militares y fiscales.⁶ La guerrilla, el bandolerismo y la criminalidad, muestran la desesperación ante la derrota y ante la crisis económica.⁷

Esta situación de deterioro dejó paso a una recuperación económica y demográfica que comienza a apreciarse en la década de los 30. En 1733 el crecimiento de la población obligaba a rehacer el padrón de vecinos.⁸ Por entonces el vecindario debía estar entre 1.871 y 1.882 vecinos, lo que, comparado con 1712, supone un incremento anual medio acumulativo del 2,27 %.⁹ Semejante tasa de crecimiento (errores del recuento de 1712 aparte) sólo es pensable contando con una fuerte inmigración que comenzaba a darse por entonces. El 28 de febrero de 1737, y según las autoridades municipales, con motivo del aumento demográfico que se notaba en Elche y para asegurar el abastecimiento de cebada, se prohibía la tradicional exportación de la misma. Durante dicho año se hizo necesario incluso importar alguna cantidad de grano ante los problemas que planteaba la subsistencia de una población en rápido crecimiento.¹⁰

Esta población había ascendido en 1761 a 3.728 vecinos. La tasa de crecimiento acumulativo anual es, para el período 1733-1761, de un

⁴ Así lo recogen los libros de *Setiades* de finales del siglo XVII.

⁵ Es muy significativo que en Elche, tras la expulsión de los moriscos, el señor no introdujese en la repoblación la *partición de frutos*, al contrario de, por ejemplo, lo que ocurrió en muchos lugares de la huerta de Valencia. Sin embargo, en el siglo XVIII la colonización de los Almarjales sí permitió al Duque imponerla, posiblemente como consecuencia del cambio demográfico experimentado. No faltaban colonos dispuestos a aceptar, ahora, cualquier condición, por dura que fuese.

⁶ A.M.E., *Cabildos*, 1715.

⁷ A.M.E., *Disposiciones Generales. Elche*. "Provisión contra los migueletes". Madrid, 1709.

⁸ A.M.E., *Cabildos*, 1733.

⁹ La fórmula para calcular el crecimiento anual medio acumulativo es:

$$r = 100 \sqrt[t]{\frac{Pt}{Po}} - 1$$

¹⁰ A.M.E., *Cabildos*, 1737.

2,47 %. La población seguía creciendo a un ritmo ligeramente superior al de 1712-33. Este crecimiento se detuvo, según parece, en los años 60, lo que no resulta extraño si tenemos en cuenta la serie de años malos, desde el punto de vista económico, que por entonces aparecen.¹¹ Incluso es posible que hubiese una pequeña disminución de la población en Elche, aunque es difícil estar seguro de ello por la difícil valoración que se puede dar a las fuentes de 1765 y de 1770.¹² De todas formas podemos calcular que entre 1761 y 1770 el vecindario se mantuvo en torno a 3.720 vecinos.

Entre 1770 y 1781 volvió a producirse un incremento demográfico. Los 4.385 vecinos que se alcanzó en 1781 suponen una tasa de crecimiento anual medio acumulativo del 1,50 % en once años, tasa de crecimiento que se reduce notablemente entre 1781 y 1794: 0,82 %. Cuando Cavanilles visita Elche la considera como la ciudad más poblada del Reino de Valencia y contabiliza 4.880 vecinos en 1794;¹³ cifra que sería redondeada en 5.000 por los documentos demográficos del cambio de centuria.¹⁴ A partir, pues, de los años 80, el crecimiento de la población fue mucho menor; reducción a la que contribuyó la epidemia de tercianas padecida en 1785, 86 y 87¹⁵ y las malas coyunturas económicas y políticas de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX.

Esta atenuación del crecimiento demográfico a finales del setecientos dio paso a una profunda crisis demográfica que se arrastraría durante

¹¹ La coyuntura económica de los años 60, como marco de la revuelta de 1766 en Elche, la he descrito en mi trabajo: "Los motines de 1766 y el inicio de la crisis del 'Antiguo Régimen'", en B. Clavero, P. Ruiz Torres, F. J. Hernández Montalbán, *Estudios sobre la revolución burguesa en España*. Madrid, 1979.

¹² La crítica a las fuentes que proporcionan datos sobre la población ilicitana del siglo XVIII la he realizado en mi tesis doctoral: *Señores y Propietarios. Transformaciones agrarias y conflictos sociales en Elche entre la consolidación del régimen señorial y la revolución burguesa (1697-1843)*, inédita, Fac. Filosf. y Letras, Valencia, 1978, I, págs. 175-186. Una parte de los capítulos II y III han servido para la elaboración del presente trabajo.

¹³ Las cifras que proporcionan cada una de las fuentes consultadas aparecen tabuladas al final del trabajo. Resulta evidente que no damos a todas las fuentes el mismo valor.

¹⁴ Estos documentos son: dos manuscritos y un impreso conservados en el A.M.E. El impreso es un interrogatorio mandado a los pueblos el 14 de octubre de 1802 por el entonces ministro de Hacienda Cayetano Soler. Los dos manuscritos casi idénticos son rectificaciones, en borrador y en limpio, del ayuntamiento de Elche al censo general de 1797 y al de 1802; rectificaciones que fueron pedidas, al parecer, para un nuevo censo que se pretendió realizar en 1806.

¹⁵ A.M.E., *Cabildos*, años 1785, 86 y 87. V. Gozávez, *La ciudad de Elche*. Valencia, 1976, págs. 201-202.

gran parte del siglo XIX. Es imposible saber si comenzó o no la crisis antes de la guerra de Independencia, pero era ya evidente en 1812.¹⁶ A la guerra y sus secuelas acompañó el rebrote del paludismo, que en 1811 produjo, solamente en Elche, 8.156 muertos.¹⁷ En 1813 hubo una nueva epidemia, esta vez de "calenturas pútridas" y en 1817 brotaba otra de viruela. El cólera afectó gravemente a Elche en 1834 y durante los años 40 la zona conoció una fuerte sequía.¹⁸

Las guerras, las enfermedades y la sequía, con sus consecuencias respectivas a corto y medio plazo, contribuyen a explicar la crisis demográfica ilicitana. Pero no son motivos suficientes para dar cuenta del enorme alcance e intensidad que esta crisis presentó en Elche. Los aproximadamente 5.000 vecinos y 21.000 habitantes que tenía el término de Elche (comprendiendo a Santa Pola) a finales del siglo XVIII, habían quedado reducidos a un poco más de 4.000 vecinos y cerca de 19.200 habitantes al comienzo de la primera guerra carlista. Cuando acabó la guerra, Elche tenía en 1840: 18.068 habitantes y Santa Pola probablemente cerca de 1.500 habitantes.¹⁹ Es decir: en casi media década la zona había perdido alrededor del millar y medio de habitantes.

Podría pensarse que este bache demográfico viene exagerado por unas fuentes que no proporcionan datos exactos. Afortunadamente disponemos del censo de población de 1857 que da para Elche 19.533 habitantes y 2.759 para Santa Pola; en total: 22.292. Apenas 1.084 habitantes más que en 1794 cuando Cavanilles recorría el término. Quiere decir esto que en 63 años la población creció a un ritmo medio anual acumulativo del 0,079 %, incluyendo la recuperación económica iniciada en Elche después de 1840 y sus efectos positivos sobre la demografía.

La segunda mitad del siglo XIX recoge los primeros síntomas de una recuperación que se afianza tras 1877. Santa Pola cuenta con 1.800 habitantes en 1845, con 2.759 en 1857 y con 4.219 en 1877. Elche reducirá su población a 18.734 en 1860 para alcanzar de nuevo en 1877 los 19.636 habitantes y llegar a los 27.975 en 1897, con un crecimiento medio acumulativo, entre 1877 y 1897, del 1,78 % anual.²⁰ La década de los 80

¹⁶ A.M.E., *Cabildos*, 1812.

¹⁷ V. Gozávez, *op. cit.*, págs. 209-210.

¹⁸ *Ibidem*, p. 210.

¹⁹ A.M.E., *leg.* 70-A.

²⁰ El año 1857 separa dos épocas en la historia demográfica. En él se realizó el primer censo general de la población de España. A partir de este momento podemos disponer de fuentes mucho más fidedignas que las hasta ahora manejadas. Las cifras de población que dan estos censos para Elche en la segunda mitad del siglo XIX se encuentran en V. Gozávez, *op. cit.*, p. 212.

inicia en Elche el proceso de industrialización en torno a la alpargata y posteriormente al zapato.²¹

La evolución de la población experimenta, tal y como muestra la figura 1, tres coyunturas muy diferenciadas: el crecimiento espectacular del siglo XVIII centrado en los años 1712-1761; un crecimiento discontinuo posterior que termina en el estancamiento de los dos tercios primeros del siglo XIX; y la recuperación que inicia un nuevo crecimiento durante el último tercio de dicho siglo.

Una última cuestión se refiere al crecimiento demográfico durante el siglo XVIII. ¿Es realmente posible que se alcanzasen tan elevadas tasas de crecimiento, aun contando con la inmigración y partiendo de la baja densidad de principios del siglo XVIII? Francisco Bustelo considera que, según los datos de las pirámides de edades de 1787 y 1797 y comparando con los cuadros de poblaciones estables de Ansley y Demeny, a la población valenciana del siglo XVIII le debía corresponder una tasa de crecimiento entre el 0,5 y el 0,7 por cien anual. Según sus cálculos, sin embargo, las tasas de crecimiento estuvieron entre el 0,8 % y el 1,2 % en 1712-1818, lo que prueba que hubo una importante inmigración.²²

Si comparamos el número de vecinos que proporciona el Vecindario de 1712 (con un límite mínimo que sería la cifra que en él aparece y un límite máximo si suponemos, como hace Bustelo, una ocultación del 60 %) con la población que Cavanilles da en 1794, resultan las siguientes cantidades:

	1712	1794	Crec. acumulativo anual
Población mín.	1.172 v.	4.880 v.	1,75 %
Población máx.	1.875 v.	4.880 v.	1,17 %

La población ilicitana resulta que creció a un ritmo mayor que la media del País Valenciano, crecimiento que fue para el mismo período 1712-1794 del 1,50 ó 0,92 %.²³ Es posible que, con ayuda de una mayor inmigración, Elche, como en general el sur del País Valenciano, creciera de forma tan rápida e intensa. No en vano de ser una zona relativamente despoblada y con abundante terreno baldío, a finales del siglo

²¹ Cf. M. Sevilla Jiménez, *Industrialización en Elche: 1880-1900*. Tesis de licenciatura inédita. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Valencia, 1976.

²² F. Bustelo, "La població del País Valencià al segle XVIII", en *Recerques* 5 Esplugues de Llobregat, 1975, págs. 79-80 y 85.

²³ A partir de los datos de Bustelo en su artículo anterior, pero calculando el incremento entre 1712 y 1794 con las cifras de Cavanilles, mucho más fiables para Elche.

xvii, pasaba a convertirse en 1767 en la población más numerosa del Reino de Valencia,²⁴ exceptuando la capital. Cavanilles expresó así la densidad alcanzada y el paisaje agrario marcado por la necesidad humana de extender hasta el límite los campos cultivados: "...en saliendo de la última garganta, quando se perciben las inmediaciones de Elche, y en ellas aquel bosque dilatado de olivos, precedidos de tanto campo cultivado; quando en el centro de los olivos se ve aquella multitud de empinadas palmas que ocultan los edificios, y parte de las torres y cúpulas de la villa más populosa del reyno, es tanta la sorpresa, tan dulce la sensación, que el espectador desea llegar á aquel nuevo país para conocer á fondo su hermosura, su valor, sus producciones y habitantes, digno todo de ser descrito con exactitud".²⁵

2. DISTRIBUCIÓN ESPACIAL Y OCUPACIÓN ECONÓMICA DE LA POBLACIÓN

La comarca actual del Bajo Vinalopó tiene hoy día una extensión de 487 km. cuadrados, de los cuales el término de Elche y Santa Pola supone unos 385 km. cuadrados. A grandes rasgos, la superficie de este territorio no debió variar desde el siglo xviii. Según Cavanilles, en 1794 tenía "...quatro leguas de oriente á poniente, y algo más de norte á sur..."²⁶ Un documento de 1767 expresa también que "...tenía su campo quatro leguas de travesía..."²⁷ Semejante círculo aproximado de 4 leguas de diámetro vendría a equivaler a unos 390 km. cuadrados de superficie, similar, en consecuencia, a la actual.²⁸

En este territorio había en 1787 una población de 17.403 habitantes, lo que supone una *densidad* igual a 45 habit./km. cuadrado. La densidad de la comarca, incluyendo a Crevillente, era en dicho año de 47 habit./km. cuadrado. De mayor a menor densidad: la décima de un total de 28 comarcas valencianas,²⁹ sobrepasando a la media valenciana y a la

²⁴ A.M.E., P. Ibarra, *Varios. Materiales para la Historia de Elche*, III, "Establecimiento en Elche de un mercado franco...", R. D. de Carlos III, Madrid, 20 de abril de 1767, págs. 95-100.

²⁵ F. J. Cavanilles, *Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, y Frutos del Reyno de Valencia*. Madrid, Imprenta Real, 1797, edición Valencia, 1972, pág. 269.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ A.M.E., P. Ibarra, *Varios. Materiales para...*

²⁸ Suponiendo que se tratase, aproximadamente, de un círculo de radio (r) igual a dos leguas (una legua = 5,572 metros), la superficie (S) sería:

$S = \pi r^2$; donde $n = 3,1416...$

²⁹ M. Ardit, *Revolución liberal y revuelta campesina*. Barcelona, 1977, págs. 17-24.

media española.³⁰ Solamente en siete comarcas catalanas encontramos densidades superiores y en las 27 restantes la densidad es inferior a la ilicitana.³¹ Semejante densidad en Elche resulta aún más significativa si tenemos en cuenta que su agricultura, por la naturaleza de los suelos y por las sequías frecuentes, así como por el cauce irregular y débil de lo que prácticamente es una rambla: el Vinalopó, proporcionaba unos rendimientos muy inferiores a los de otras zonas del litoral mediterráneo.

Con las cifras anteriores nos podemos hacer una idea de la intensidad del factor humano en el territorio ilicitano a finales del siglo xviii. Probablemente en pocos lugares de España se estaba realizando un aprovechamiento tan desesperado de los recursos naturales, en especial de la tierra puesta en cultivo, como en Elche. Sin embargo, la distribución espacial de la población ilicitana y su evolución permite inferir algunas características del poblamiento rural y del aprovechamiento agrícola del término de Elche, en relación con el agravamiento de una situación que se hará crítica durante el siglo xix.

Si damos un margen de confianza al padrón de 1761, observamos que de un total de 3.728 vecinos que recoge, 3.336 viven en la villa de Elche y arrabal de San Juan, frente a sólo 362 en las partidas rurales. Ello supone una fuerte proporción de población concentrada (89,48 %) y una débil población dispersa (10,52 %). Dato de interés por cuanto muestra que la población sigue en su gran mayoría concentrada en un núcleo bastante urbanizado como es Elche,³² supervivencia del "modelo" económico de la "ciudad-estado" de principios de la edad moderna.³³ No obstante, quizá la proporción venga exagerada por la naturaleza de la fuente utilizada.

La intensidad del poblamiento disminuye en el campo a medida que nos alejamos de la ciudad. La partida más próxima a ella absorbe a 74 vecinos, es decir: el 20,44 % de la población rural. El poblamiento es mucho más intenso en la orilla izquierda del Vinalopó (zona reservada a los cristianos desde la Reconquista) que en la orilla derecha (donde se había dejado un trozo de huerta para la población musul-

³⁰ P. Romero de Solís, *La Población española en los siglos XVIII y XIX*. Madrid, 1973, pág. 137.

³¹ P. Vilar, *op. cit.* en nota 1, III, págs. 141-181.

³² El trabajo de V. Gozávez, anteriormente citado, ilustra sobradamente la evolución urbanística de Elche durante los siglos xviii y xix.

³³ Acerca de los cambios económicos tras la crisis del siglo xiv y en relación con los orígenes del capitalismo, es de gran interés el reciente artículo de E. J. Nell, "Población, revolución de los precios y acumulación primitiva", aparecido en *Investigaciones Económicas*, n.º 7, septiembre-diciembre del 78, págs. 5-26.

mana). En la orilla izquierda se concentra el 83,97 % de la población rural y en su borde oriental comienza a surgir una serie de núcleos de población importantes: Valverde, Perleta, Alted y Balsares. Por el contrario, en la zona sudoccidental, próxima a la huerta de los antiguos moriscos y en el límite con los pantanos, apenas si hay población rural. De ahí que el hecho más notable de la primera mitad del siglo XVIII sea el intento de colonización de los Almarjales, lo que dará lugar a un nuevo poblado en la sierra del Molar: San Francisco de Asís, inmediato a la comarca del Bajo Segura. A mitad del setecientos, sólo el 5 % de la población rural vivía en la orilla derecha del Vinalopó y menos del 1 % en la costa.

¿En qué medida varió tal poblamiento en las décadas posteriores? Para saberlo tenemos que recurrir al censo de 1857. Sobre el mismo territorio, que incluye a Elche pero también a Santa Pola, había por entonces una población de 22.292 habitantes, es decir: no mucho más que a finales del siglo XVIII y aproximadamente un 39 % más que en 1761. Esta población tenía una distribución espacial radicalmente diferente a la de mitad del siglo XVIII:

Elche	10.353 habitantes	(46,44 %)
Partidas	9.180 "	(41,18 %)
Término Santa Pola	2.753 "	(12,34 %)

La *figura 2* muestra el crecimiento comparado de la población en la ciudad, partidas rurales y Santa Pola. Por su parte, el *Mapa* dibuja las zonas más pobladas del término en 1880.

A mitad del siglo XIX la población se encontraba repartida entre la ciudad y el campo. Esto indica que se había producido un doble movimiento demográfico: el campo absorbía población, que tendía a establecerse cerca de las áreas cultivadas (con el correspondiente ahorro de tiempo), mientras que la ciudad de Elche, después de una etapa expansiva, detiene su crecimiento a principios del siglo XIX e incluso inicia una crisis que se manifiesta en su evolución urbanística. La fisonomía de la ciudad cambia durante la primera mitad del siglo XIX. En la centuria anterior, Elche era una ciudad señorial de escudos y blasones de antigua nobleza; sede de una muy activa e influyente pequeña nobleza valenciana que comenzará a emigrar de allí a finales del siglo XVIII con la crisis económica. Durante los dos primeros tercios del siglo XIX la ciudad cobra un aspecto rural, de ciudad de labradores, de donde los antiguos linajes han salido aunque siguen conservando tierras que otros administraban. Sólo a partir de 1880 y con la industrialización, la ciudad vuelve a recobrar un crecimiento que recoge su plano urbano. Hasta entonces, el poblamiento rural disperso y la ruralización del término,

habían ganado terreno en perjuicio del concentrado. De hecho el "modelo agrario", con todos sus inconvenientes y algunas de sus ventajas, se había impuesto en Elche desde mitad del siglo XVIII.

V. Gozávez ha recogido, en su estudio urbanístico de Elche, el hecho de que después de las grandes realizaciones urbanísticas del siglo XVIII, "entre 1761 y 1854 Elche experimenta un descenso en su población urbana espectacular",³⁴ que atribuye principalmente a la fiebre amarilla de 1811. Según recoge, en 1761 tenía el casco urbano 2.040 casas habitadas, mientras en 1849 eran 2.235; con la diferencia de que en la primera fecha acogían a 14.915 habitantes, mientras que en la segunda tan sólo a 9.690.³⁵ A finales del siglo XVIII Elche tenía 2.300 casas habitadas.³⁶

En la primera mitad del siglo XIX se produjo un progresivo incremento del poblamiento rural disperso, al compás de un estancamiento y retroceso urbano. De esta forma llegamos al equilibrio de 1857. Además de la evolución de la población y de las etapas que sigue en Elche durante los siglos XVIII y XIX, es preciso tener en cuenta el cambio cualitativo en la distribución espacial de la misma; movimiento inverso al que, en otras partes de Europa, acompañaba a la industrialización que tenía lugar por las mismas fechas. Mientras en las áreas industriales los campos comienzan a despoblarse, el término de Elche experimenta un, a todas luces, improductivo crecimiento rural. Movimiento inverso que expresa cómo sigue siendo la tierra cultivada el único medio de producción, hasta el extremo de condicionar el desarrollo económico de la zona. En efecto, la ruralización viene acompañada de la crisis demográfica, tal y como hemos visto; ambos fenómenos en el contexto de la crisis agraria que padecerá Elche durante la primera mitad del siglo XIX. La no industrialización impedirá a la ciudad ofrecer trabajo y medios de vida a los ilicitanos, que deberán buscarlos en el contorno rural (a costa de una superpoblación, caída de salarios, etc. que actúan como círculo vicioso, impidiendo la modernización de la agricultura, manteniendo una baja productividad agraria y favoreciendo a los rentistas sobre los productores); o emigrando a otros lugares y países, como en el caso de la emigración "golondrina" al norte de África.³⁷

³⁴ V. Gozávez, *op. cit.*, pág. 110.

³⁵ *Ibidem*, pág. 111.

³⁶ A.M.E., *Estadística*, "Año de 1802. Censo General de la Población de España. Interrogatorio". Barcelona, 14 de octubre de 1802.

³⁷ J. Nadal, *La población española*, Esplugues de Llobregat, 2.ª ed., 1971, págs. 159-160.

La clasificación económica de la población ilicitana muestra una vez más los rasgos económicos principales de Elche y su evolución. Resulta difícil saber con exactitud, ante la ambigüedad de las fuentes, cuáles eran las actividades principales de la población ilicitana, con un mínimo de detalle. Los padrones del XVIII y mitad del XIX se limitan a evaluar propiedades y rentas, pero no sabemos quiénes son cultivadores directos y quiénes son rentistas. Se indica también a los jornaleros, pero el término es confuso por cuanto a veces engloba a trabajadores no agrícolas, pero que reciben un salario diario. Muchos de estos "jornaleros", tanto del campo como de la ciudad, suelen ser al mismo tiempo pequeños propietarios.³⁸

Es imposible establecer una clasificación exacta. No sólo las fuentes no lo permiten sino que además en aquella época no existía una separación tajante entre los distintos oficios. Es frecuente encontrar a pequeños campesinos alquilarse como jornaleros en el campo o en algún oficio artesanal (por ejemplo, en lo que quedaba de la manufactura jabonera); hacerse durante algún tiempo con el arriendo de uno de los muchos impuestos existentes o convertirse por temporadas o esporádicamente en arrieros. En consecuencia, los datos que a continuación proporcionamos deben tomarse de forma muy flexible y aproximada.

Podemos deducir de los padrones que en el período 1730-60 un 70 % de la población vivía, como principal actividad, de su trabajo agrícola. Referido siempre el porcentaje al total de vecinos contribuyentes (es lo que nos dan las fuentes), junto a este 70 % podemos calcular en un 4 % los que obtienen la mayor parte de sus ingresos del comercio (de frutos, ganado, manufacturas, etc.). La suma de grandes propietarios (la mayoría pertenecen a la pequeña nobleza local), clero y algunos absentistas propietarios de tierras en Elche (unos pocos), resulta aproximadamente un 2 % de rentistas que viven de sus vínculos: administraciones, patronatos, beneficios, etc. y/o de sus propiedades arrendadas. Un 14 % de la población carecía de propiedades, trabajo u otro sustento que la caridad pública: se trata de una fuerza improductiva, marginada de la estructura económica y a la que los padrones engloban con el calificativo de "pobres" sin trabajo. Resulta muy difícil calcular la población relacionada con artesanías y manufacturas, pero, como mínimo, pensamos que eran el 10 % de los vecinos contribuyentes, de acuerdo con el número de individuos que ejercían los distintos oficios que recogen los padrones. Es muy posible que esta cifra sólo englobe a maestros y oficiales.

³⁸ A.M.E. *Manifiesto de vecinos de la Universidad de San Juan*, 1733, en donde se indica la frecuencia con que los jornaleros son también pequeños propietarios de parcelas insuficientes para su subsistencia.

A mitad del siglo XVIII eran muchos los oficios que se practicaban en Elche: la fabricación de jabones —que nunca formó gremio y que, si bien estaba en decadencia, había llegado a ser muy importante y empleaba a muchos trabajadores; encontramos, además, a: carpinteros, sastres, cortantes, zapateros, pintores, coheteros, chocolateros, molineros, albañiles, tejedores, sogueros, alpargateros, horneros, estereros, herreros, cerrajeros y otros oficios menos frecuentes. Había una importante cantidad de carreteros y arrieros empleados en el transporte de mercancías.

La comparación, a lo largo del período estudiado, de algunos de estos oficios, confirma el cuadro de la crisis económica del XIX que hemos ido apuntando anteriormente. Las características de la misma reaparecen cuando vemos la decadencia urbana expresada en la brusca reducción del trabajo artesanal preindustrial durante la primera mitad del siglo XIX:

Años	Cordeleros y Alpargateros	Zapateros	Herreros
1761 ³⁹	13	32	18
1822 ⁴⁰	23	—	35
1835 ⁴¹	11	8	6
1840	10	6	4
1845	8	7	4
1850	25	9	17
1879 ⁴²	53	12	14

El caso de los tejedores es igualmente significativo. En 1761 se contaron 34, pero en los padrones del siglo XIX no aparecen tejedores sino "vendedores de tejidos". En 1879 había 23 individuos con telares; todos con un telar solamente, excepto tres de ellos que poseían dos telares.

Así pues, a mitad del siglo XVIII existían en Elche condiciones mucho más favorables al surgimiento del capital industrial desde las artesanías tradicionales que una centuria después. A partir de la segunda mitad del siglo XIX se recuperó una iniciativa que había quedado cortada durante casi medio siglo. Sin embargo, la reducción de los

³⁹ V. Gozávez, *op. cit.* Corresponde al padrón de 1761.

⁴⁰ A.M.E., *Repartimiento 1835 y ss.*, "Subsidio de Comercio del año 1822". (Aunque resulte contradictorio, dicho reparto de 1822 se encuentra en un legajo con el título anterior).

⁴¹ Los datos de 1835 = 45 y 1850 proceden de A.M.E., *Subsidio industrial y de comercio*.

⁴² A.M.E., *Estadística*, "Registro de industriales", año 1879.

oficios no es brusca sino paulatina, hasta alcanzar su punto más bajo en 1845, al compás de la ruralización ya indicada y mientras la economía ilicitana sufría la crisis agraria como veremos a continuación. Hacia 1860 el 69,8 % de la población activa seguía, como en 1761, ocupada predominantemente en lo que los economistas llaman "sector primario".⁴³ Tal parecía como si hubieran pasado cien años en vano.

3. LA PRODUCCIÓN AGRARIA

El crecimiento de la superficie cultivada es un hecho evidente en innumerables documentos de la primera mitad del siglo XVIII. Pero resulta difícil cuantificarlo. Las roturaciones de baldíos, montes y pantanos, debieron continuar más intensamente tras la Guerra de Sucesión y habían alcanzado, a mitad del siglo XVIII, una amplitud notable a los ojos de sus contemporáneos. Hay testimonios frecuentes de ello.

La intensidad de este crecimiento extensivo se aprecia cuando comparamos la descripción del paisaje ilicitano, hecha por Cristóbal Sanz en 1621, con los documentos de 1765 y 1770:

...Dios tiene puestas a la orilla del agua para su custodia y guarda de nuestros vecinos, dos peñas o sierras a la larga, llenas de pinares de grande provecho por la mucha leña que de aquí se saca de ordinario y abundancia de yerbas, para pastos de ganados, con mucha diversidad de animales de caza. Que bien considerado estas dos peñas sirven de murallas fuertes pertrechadas a nuestro término. La una nombrada la sierra del Puerto, con tres torres vistosas en lo llano de arriba, con gentes de guarda. En tiempos de los romanos se sacaba en ella minas de plomo. Y la otra nombrada sierra del Molar, con rastro de minerales de plata.⁴⁴

En los documentos de 1765 y 1770 se indica claramente que no hay dehesas o lagunas, que los bosques están talados y establecidos agrícolamente y que apenas quedan tierras para pasto.⁴⁵

Las únicas cifras que poseemos sobre superficie cultivada resultan sorprendentes. V. Gozávez, a partir de dos padrones que no nos ha

⁴³ V. Gozávez, *op. cit.*, pág. 268.

⁴⁴ C. Sanz, *Excelencias de la Villa de Elche. Año 1621*. Elche, edición de 1954, pág. 99.

⁴⁵ A.M.E., *Estadística*, "Respuestas dadas por la Ilustre Villa de Elche a las Preguntas que Incluye el Impreso remitido a esta villa...", ms., 1765 s/f. y "Expediente para evacuar el Interrogatorio que por vereda llegó á esta villa en el presente año sobre cosechas y otras varias cosas", ms. 1770, s/f.

sido posible consultar,⁴⁶ ha dado, con toda serie de precauciones sobre su exactitud, dos cifras sobre la suma total de propiedades catastradas en 1752-53 y en 1783.⁴⁷ Compartiendo con él las reservas acerca de la validez de ambos números, y considerando que hubo una enorme ocultación en 1753, la comparación proporciona una imagen espectacular del incremento de la superficie cultivada.

En torno al primer tercio del siglo XVIII —cifra que probablemente es la que se recoge sin modificación en 1753— había una superficie cultivada mínima de cerca de 123.000 tahúllas (11.706,6 Ha.), mientras que a finales de siglo es casi seguro que existían 234.192 tahúllas (22.318,5 Ha.) cultivadas. Un 91 % de incremento en la superficie cultivada en menos de 50 años parece excesivo, pero no lo es tanto si lo comparamos con el crecimiento demográfico que, durante el mismo período, ha experimentado la zona.

En efecto, solamente en los llamados *Almarjales* o *Carrizales* se puso en cultivo una cantidad de tahúllas que superaba las 10.000 entre 1730 y finales del siglo XVIII. Documentos de tipo particular, testimonios aislados, noticias sacadas de los cabildos municipales, documentos de establecimientos de tierras del clero de Santa María, cartas y relaciones de los administradores del Duque de Arcos, etc. corroboran el crecimiento de la superficie cultivada a tierras anteriormente marginales, ocupando completamente la llanura y colonizando lagunas, pantanos, montes y tierras saladares, hasta proporcionar la imagen de una intensa roturación, tal y como aparece a finales del siglo XVIII.⁴⁸

La extensión de la superficie cultivada estuvo en relación con la presión demográfica. Las roturaciones se fueron haciendo en tierras cada vez de peor calidad. Consecuencia de semejante crecimiento de tipo extensivo y de las escasas mejoras técnicas que se introdujeron, fue que pronto el crecimiento se encontraría con los límites impuestos por la naturaleza del suelo ilicitano. Tras los rendimientos decrecientes vino la degradación de los campos y la crisis de la agricultura ilicitana, patente a principios del siglo XIX como veremos. No sorprende el fenó-

⁴⁶ Cuando realizamos el presente trabajo el Archivo de Elche todavía no tenía titular, al haberse jubilado el hasta entonces archivero D. Alejandro Ramos. Por ello no tuvimos acceso al sótano donde se conservaban los dos padrones que había utilizado anteriormente V. Gozávez.

⁴⁷ V. Gozávez, *El Bajo Vinalopó. Geografía agraria*. Valencia, 1977, pág. 148.

⁴⁸ Cf. mi trabajo, actualmente en prensa, "Propiedad de la tierra y estructura de clases en el campo valenciano durante los siglos XVIII y XIX: los Carrizales de Elche", en *Estudis d'Historia Contemporània*, n.º 1.

meno, que ya ha sido señalado por P. Vilar para Cataluña; ⁴⁹ sorprende la intensidad y alcance del mismo en el sur del País Valenciano.

El crecimiento de la producción agrícola en el siglo XVIII fue, en gran parte, consecuencia del crecimiento de la superficie cultivada. La población ilicitana aprovechó los recursos naturales de que disponía y, bajo el empuje demográfico y los intereses del señor y los terratenientes locales, transformó el paisaje o simplemente lo aniquiló de forma irreversible. Para esta transformación dispuso de unas técnicas y de unos instrumentos de producción.

Los instrumentos empleados para el cultivo de los campos eran, en 1770, los siguientes: ⁵⁰ el más importante y fundamental era el legón. Se trata de una especie de azadón de pala algo curva y más larga que ancha para adaptarse al rompimiento de tierras duras. Se utiliza en todos los cultivos, pero especialmente en las viñas. Con frecuencia era el único utensilio de que disponía el campesino pobre. Para las labores normales se empleaba el típico arado mediterráneo, adaptado también a suelos duros y de poca profundidad y tirado, en el mejor de los casos, por mulas. No siempre había tracción animal, como veremos más adelante. Junto a estos instrumentos, en 1770 se describe, como artefacto nuevo y de reciente aplicación, el "llamado vulgarmente arañador, inventado en mucho provecho de las tierras y se compone de cuatro Barrones largos y dos cortos con que se unen por los costados formando un cuadrilongo; y por la parte inferior están poblados dichos barrones de clavos de poco menos de un palmo; este se une a una cavalgadura con unas anillas, y el que le gobierna se pone sobre él, y arrastrando por la tierra abre la que está agua chada o endurecida por haver dormido en ellas las Aguas para que la semilla pueda romper, y al mismo tiempo deja barbecho proporcionado para las mieses..." ⁵¹ Se utilizaba sólo algunas veces y si lo precisaba la naturaleza del suelo cultivado. Entraba en acción después de la siembra y cuando se había procurado buenos barbechos para echar la simiente.

No muy diferentes eran, a mitad del siglo XIX, los instrumentos agrícolas. Además del legón, arado común y arañador, un informe de 1848 ⁵²

⁴⁹ Igual ocurrió en Cataluña y en el resto del País Valenciano. Cf. para Cataluña, P. Vilar, *Catalunya dins l'Espanya moderna*, Barcelona, 2.ª ed., 1975, III, págs. 185 y ss. y para el País Valenciano, F. Casals, *Precios y arrendamientos a corto término en Valencia durante el XVIII*. Tesis de licenciatura inédita. Valencia, 1970-71.

⁵⁰ A.M.E., *Estadística*, "Expediente para evacuar el interrogatorio que por vereda llegó a esta villa en el presente año sobre cosechas y otras varias cosas = Elche, año 1770", ms. s/f.

⁵¹ *Ibidem*.

⁵² Citado por V. Gozávez, *El Bajo Vinalopó...*, pág. 113.

señala trillos (instrumento para trillar) de piedra y madera, mazas de madera, tabla para alisar tierra y trajilla para acarrear tierra. El arado de vertedera no se tenía por conveniente para los suelos ilicitanos, por cuanto profundizaba excesivamente en ellos.

Los cultivos que se solían dar eran: a los olivares dos cultivos por cosecha, cada uno de dos rejas (cosecha bianual). Algunos labradores daban tres y más cultivos, como se indica en 1770. En 1848 se seguía con las cuatro rejas habituales, poda anual y tres riegos. A las viñas, dos cultivos, normalmente a legón, y en regadío un sólo riego. A los demás árboles como algarrobos, higueras, frutales, etc. se les daba dos cultivos de una reja por los meses de enero y mayo. Las palmeras recibían riego con abundancia y frecuencia.

Por lo que tocaba a sembrados, se procuraba buenos barbechos para echar la simiente y, después de la siembra, no se usaba de otro cultivo que el de la escarda. Algunas veces se utilizaba el arañador. Los barbechos duraban un año y la siembra de cereales (cebada especialmente) se realizaba en septiembre-octubre. Algunos labradores aprovechaban en el siglo XVIII "la Alga que saca la Mar a la orilla para estercolar el Campo cuyo beneficio suele probar bien en las barrillas". ⁵³

El cultivo de la barrilla era muy apreciado en Elche durante el siglo XVIII, dada la demanda internacional que sobre esta producción se ejercía por entonces y que la convertía en muy rentable. Era frecuente encontrar la barrilla asociada en régimen de cultivo con anís y comino.

Si bien es cierto que en gran medida el crecimiento de la producción agrícola se debió al crecimiento de la superficie cultivada, crecimiento que se verá comprometido con la aparición de rendimientos decrecientes, en las mejores tierras del término de Elche se produjo también un ligero incremento de la productividad agraria. A ello coadyuvó la extensión del regadío y el interés comercial por la agricultura que se iba manifestando a distintos niveles.

En cuanto al riego de los campos, dada la escasez de lluvias que padecía la zona, estaba completamente condicionado por el caudal del Vinalopó, por el aprovechamiento de las aguas del Segura y por el hallazgo de fuentes que sacaban a la superficie el agua subterránea. La necesidad acuciante de agua provocó una serie de trabajos e inversiones para conseguirla, aprovecharla al máximo y distribuirla rigurosamente.

Desde la Reconquista, el agua que regaba el término de Elche había quedado dividida en ocho partes durante el día y otras tantas durante la noche. Dos eran para la huerta de los musulmanes, regada por la acequia llamada de *Marchena*, y seis para la huerta de los cristianos,

⁵³ A.M.E., *Estadística*, "Expediente para evacuar el interrogatorio..."

regada por la acequia *Mayor*.⁵⁴ Desde 1323 la huerta de los cristianos tomaba, además, tres nuevas partes de agua procedente de la acequia de Villena. Cada una de estas partes, bien de día bien de noche, recibía el nombre de *Hilos*: Hilos de agua de día e Hilos de agua de noche. En total eran 22 Hilos.

Según quedó fijado en 1554, un Hilo de agua era: "... un palmo de vara de ancho y el tercio del palmo de altura". Las divisiones de esta magnitud no afectaban a la anchura y altura del Hilo de agua sino a las horas. Así, un *Hilo de agua* representaba el caudal de doce horas; *medio Hilo de agua* era igual al de seis horas; *cuarta de agua*, el de tres horas, etc. De manera idéntica en los múltiplos del Hilo: dos Hilos (24 horas), tres Hilos, etc. En los libros de Concejos eran representados por distintos signos.⁵⁵

Se entendía por brazal, cada uno de los brazos en que quedaba dividido el riego de las acequias, regando una superficie relativamente homogénea de tierra: brazas o tahúllas de tierra. A su vez los brazales se dividían en brazos. En Elche había 25 brazales, cada uno con sus partidores, de los cuales no podía abrirse a la vez más de diez. Recibían los siguientes nombres: Albinella, Marchena, Carrell, Asnell, Albello, Anoy, Beral, Vila, Candalix, Orts, Alingasa, Abet, Matrof, Alcana, Nafis, Atufa, Cuñera, Sahony, Aladia, Franch, Alausa, Albocarrat, Anacla y Palombar; muchos de los cuales no ocultan su origen árabe. De los 25 brazales existentes, 24 correspondían a la acequia Mayor y el otro era el brazal o acequia de Marchena.

La acequia Mayor, con sus brazales respectivos, recibía un total de 18 Hilos de agua, mañana y noche, mientras que la segunda sólo 4. Hasta que no se llegó a aprovechar las aguas del Segura, a mitad del siglo XVIII, la parte oriental de la llanura estaba mejor regada que la occidental, lo que explica el reparto de la población, mucho mayor en la orilla izquierda del Vinalopó.

Durante el siglo XVIII, el *Fiel Medidor* era un cargo municipal que tenía la obligación de dar agua a la puesta y a la salida del sol, abriendo

⁵⁴ A.M.E., P. Ibarra: *Varios. Materiales para la historia de Elche*. "Claridad de la acequia de la Villa de Elche recopilada por Baltasar Ortiz de Mendoza con nueva Instrucción dirigida al Ilustrísimo Consejo... en este presente, y corriente año de 1589", copiado por P. Ibarra en agosto de 1891, págs. 288-326.

⁵⁵ En los libros de Setiades se simbolizaba así:

un hilo de agua: ج
dos hilos de agua: ح
tres hilos de agua: ن
medio hilo de agua: F, a
cuarta de agua: J, q

los correspondientes partidores y procurando la equitatividad de los mismos. El *Sobrecequero* tenía la jurisdicción sobre las aguas, resolviendo las disputas que se presentaban y subastando públicamente la adjudicación de las aguas. A su cargo estaba también todo lo referente a la monda o limpia de brazales. El agua pertenecía a quienes la compraban y debía estar en puntos fijos según las propiedades que regase y durante el tiempo convenido. Cada propietario tenía inscrito su nombre en el libro del reparto de aguas y recibía el agua de acuerdo con el tiempo convenido. De esta forma, el agua pasaba a considerarse como una riqueza administrada por el municipio, hasta que los burgueses y propietarios ilicitanos decidieron acabar con semejante residuo comunal para privatizarlo.

La *Dobla* de agua consistía en un agujero que tomaba agua de la Acequia Mayor y que era aproximadamente del radio de una dobla de oro. Había doce en la acequia y se los habían apropiado tiempo atrás los grandes propietarios ilicitanos, por gracia del Infante D. Manuel en 1276. Estos dueños, por su parte, fraccionaban las doblas para venderlas y en el siglo XVIII eran ya muchos los propietarios de tales fracciones.

Apenas si sabemos sobre la construcción de la red de riego del siglo XVIII. Lógicamente el material principal fue la piedra, ladrillo y cal para los partidores respectivos, como se indica en la colonización de Carri-zas. También con frecuencia se usaba madera, que escaseaba en la zona, para las tablillas que proporcionaban o quitaban agua en dichos partidores.⁵⁶

La idea de construir un pantano para embalse de las aguas del Vinalopó surgió a finales del siglo XVI y, según parece, la obra estuvo terminada a mitad del siglo XVII.⁵⁷ Pronto hubo problemas respecto a su limpieza y durante la segunda mitad del siglo XVIII fue adquiriendo un estado cada vez más deplorable. Quedó inservible entre 1782 y 1786, siendo reparado para permanecer inútil desde por lo menos 1802 a 1843.⁵⁸ Posiblemente los conocimientos técnicos de entonces impidieron que el pantano diese el rendimiento que de él se esperaba y no pudieron evitar su destrucción por las avenidas del Vinalopó. Pero de todas formas resulta sorprendente que fuese dejado en total abandono. Con todo, el pantano fue una auténtica obra de ingeniería hidráulica, que tropezó con numerosas dificultades, pero cuya misma existencia da cuenta de

⁵⁶ A.M.E., *Almarjales*, "Privilegio concedido por su Magestad... al Excmo. Señor Duque de Arcos para la Formación del Lugar de San Francisco de Asís en el termino de la Villa de Elche. Dado en Haranjuez á 8 de Mayo de 1748...", copia ms. s/f.

⁵⁷ V. Gozávez, *El Bajo Vinalopó...*, págs. 211-214.

⁵⁸ *Ibidem*, págs. 215-216.

los progresos técnicos que se iban alcanzando. El período en que quedó inservible coincide con la crisis de la primera mitad del siglo XIX. Algo estaba cambiando cuando el 7 de diciembre de 1841 el ayuntamiento de Elche decidió su reconstrucción.⁵⁹

En cuanto al reparto de cultivos en el término de Elche, conocemos el dato significativo de la considerable extensión que fue alcanzando durante el siglo XVIII el olivar. En 1739 el administrador del señorío de Elche indicaba la densidad de los olivos, que se cultivaban en regadío y habían alcanzado en 1770 las 12.000 tahúllas de superficie. Posiblemente casi la décima parte de lo cultivado por entonces. En 1783 el olivar ocupaba 15.845 tahúllas (el 6,8 %), seguido de la viña (3,3 %), higueras (1,3 %), algarrobo (1,2 %), palmeras (0,5 %) y almendro (0,1 %). El resto era medianos (1,9 %), plantados (0,9 %), tierra huerta (1,4 %), tierra salada (2,8 %) y tierra campa para cereales (75,8 %), la mayor parte de la cual estaba dedicada a cebada.⁶⁰

En 1785 una descripción del término de Elche⁶¹ indica que el olivar ocupaba por entonces cerca de 28.000 tahúllas y Cavanilles afirmaba que, a finales de siglo, eran cerca de 30.000 tahúllas. El palmeral en 1785 se extendía por 4.000 tahúllas, mientras Cavanilles llegaba a afirmar que eran 13.000 las tahúllas con palmeras. La vid también aumentó su superficie: 7.713 tahúllas según el padrón de 1783; 10.000 tahúllas en la descripción de 1785.⁶²

Cavanilles, a finales del siglo XVIII, estima la superficie del término en 800.000 tahúllas, "de las cuales la décima parte se riega con las aguas del pantano". Habla de "llanuras y lomas preparadas y sembradas" y de la continua extensión de la superficie regada.⁶³

Algunas cifras de producción que poseemos reflejan la agricultura ilicitana del siglo XVIII. Las de 1766, 1769 y 1771 proceden de tres relaciones para el corregidor de Xixona hechas el 25 de noviembre de 1766, en enero de 1770 y el 25 de septiembre de 1771. En ellas se indica el volumen de las distintas cosechas, el precio por unidad y el valor total de las mismas; añadiéndose al final el número de galeras, carretas, caballerías para arriería y para labor y ganado que hay en el término en cada

⁵⁹ *Ibidem*, pág. 216. Resulta muy interesante señalar que, como recoge Gozávez, el conde de Torrellano había presentado por entonces demanda judicial para que el ayuntamiento pagase los atrasos que debía por los censos que en el siglo XVII había contraído con los antecesores del conde para la construcción del pantano de Elche.

⁶⁰ V. Gozávez: *El Bajo Vinalopó...* págs. 148 y ss.

⁶¹ A.M.E., *Papeles curiosos*, 1892, I, págs. 324 y ss. "Descripción de Elche en 1785".

⁶² F. J. Cavanilles, *op. cit.*, II, pág. 270.

⁶³ F. J. Cavanilles, *op. cit.*, II, pág. 269.

uno de los años indicados.⁶⁴ Las cifras de producción de 1794 son las que Cavanilles da, en su obra, para Elche,⁶⁵ convertidas a medidas comunes a las de 1766, 69 y 71, de acuerdo con las equivalencias correspondientes.⁶⁶

CUADRO I. CABEZAS DE GANADO

	1766	1769	1771
Para arriería	150	170	180
Para labor	260	400	—
Ovejas y carneros	2.300	2.400	—
Cabras	2.000	3.000	—

⁶⁴ A.M.E., *Estadística*, "Relación de las Cosechas del termino de esta Villa de Elche en el presente año... Precios a que se han beneficiado con el total valor de cada especie con los carruajes y ganados segun y en la forma que van estampados..." Elche, 25 de noviembre de 1766, enero de 1770 y 25 de septiembre de 1771, ms. s/f. Los precios son los siguientes (en libras y sueldos):

Productos	1766	1769	1771
cahíz trigo	10,10	12	9
cahíz cebada	4	5	3,12
arobas almendra	1	1	4
arobas higos	0,7	0,6	0,6
arobas aceite	1,12	1,10	1,12
arobas garrofas	0,4	0,5	0,4
arobas cominos	1	0,16	1
arobas lana fina	2	2,10	2,10
arobas lana ordinaria	2,10	3	1,10
arobas dátiles	0,7	0,6	0,6
cargas palmas	2	2	0,4
quintales sosa	1,10	1	1,4
quintales barrilla	2	3,10	3
quintales salicor	2,10	1,8	1,12
cargas esparto	0,6	0,6	—
libras azafrán	6	7	4,16
libras algodón	0,6 (aroba) =	4,16	fd. 4,16
cargas alfalfa	—	0,3	0,4
arob. semilla alfalfa	—	4,16	4,16
cargas fruta	—	1,18	—
cántaros vino	5	0,4	0,5
arobas garbanzos	—	1	—
arobas lentejas	—	8	—

⁶⁵ F. J. Cavanilles, *op. cit.*, II, p. 273.

⁶⁶ A.M.E., *Estadística*, "Expediente para evacuar el interrogatorio..."

CUADRO II. PRODUCTOS PECUARIOS

	1766	1769	1771
Lana fina	383 arrobas	250 íd.	250 íd.
Lana ordinaria	100 "	100 "	100 "

CUADRO III. PRODUCCIÓN AGRÍCOLA (ARROBAS) DEL TÉRMINO DE ELCHE

	1766	1769	1771	1794
Cebada	1.219.178	630.609	1.008.975	1.261.218
Trigo	160.595	42.040	84.081	252.244
Barrilla	144.000	60.000	100.000	8.000
Aceite	249.600	172.800	208.640	93.600
Algarrobas	30.000	30.000	30.000	60.000
Almendras	80	500	100	17.517
Higos	32.000	25.000	14.000	—
Vino	60.923	4.431	42.092	—
Cominos	12.000	60	60	—
Dátiles	30.000	25.000	15.000	140.000
Sosa	12.000	2.400	4.000	—
Salicor	28.000	6.000	20.000	—
Azafrán	4	2	3	—
Algodón	25	3	8	—
Garbanzos	0	1	0	—
Lentejas	0	1	0	—
Paja	0	15.000	0	—
Semilla de alfalfa	0	40	40	—
Total	1.979.125	1.013.898	1.556.999	1.832.579

A las producciones anteriores (el cuadro es incompleto en 1794) hay que añadir, en los tres primeros años, una cantidad constante de 1.000 cargas de palmas. Las 1.500 cargas de esparto de 1766 se quedaron en 500 en 1769 y no había producción en 1771. Tanto la alfalfa como la producción de frutas no aparecen en 1766; en 1769 hubo 4.000 cargas de alfalfa y 400 de fruta; y en 1771 habían aumentado las cargas de alfalfa a 6.000, mientras permanecían en 400 las de frutas.

Una simple ojeada a los cuadros anteriores permite deducir lo siguiente:

a) El predominio casi absoluto de la agricultura sobre la ganadería. Por lo que a ovejas, carneros y cabras se refiere, bastaría con indicar que las 5.400 cabezas de 1769 apenas si superaban los 3.720 vecinos que tenía Elche por entonces. Si multiplicamos por un coeficiente bajo, como es el 4,3, resultaría 15.996 habitantes y, en consecuencia, una proporción

de casi 3 habitantes por cabeza de ganado para alimentación. Tanto la carne como la leche debían ser raramente probadas por una buena parte de la población ilicitana. En efecto, según un documento de 1770, la alimentación habitual era: pan de cebada, legumbres, arroz y pescado.⁶⁷ Tres de los cuatro ingredientes básicos de las comidas se producían en Elche: cebada, legumbre y el pescado de la costa. Este último era fundamental para el autoabastecimiento. El incremento demográfico del setecientos hizo insuficiente la producción cerealística local, sobre todo tras la crisis de principios del siglo XIX. El trigo fue siempre muy escaso y debía importarse para la minoría que lo consumía. El arroz también se traía de fuera, pero su consumo era más popular. Por lo que respecta al pescado, el mar y la Albufera lo proporcionaban en abundancia.

b) En cuanto al ganado de labor, 400 cabezas no es tampoco una cifra importante y, si mantenemos como bueno el porcentaje de un 70 % de los vecinos como dedicados a la agricultura, correspondería por término medio: un animal de labor por cada seis cultivadores. Lo que nos indica la gran cantidad de labradores que carecían de animales de labor y debían contar exclusivamente con la tracción humana para realizar las labores agrícolas. Reduciendo el número de cultivadores a la mitad (que sería la cantidad de propietarios de tierras que da el padrón de 1753) aún resulta un número muy elevado de campesinos sin animales de labor. El dato es muy revelador y viene confirmado por algunas referencias indirectas de la documentación de que muchos cultivadores de Elche contrataban a jornaleros para que sustituyeran al animal de que carecían. Una de las medidas de superficie que utilizaban los agriensores del siglo XVIII era el *jornal*, que equivalía a lo que se podía labrar en medio día a una reja.⁶⁸

c) Dentro ya de la agricultura, destacan por su producción tres cultivos: la cebada, el olivo y la barrilla. Los dos primeros ocupan gran parte de la superficie cultivada, como nos lo muestra la *figura 3*. La cebada se producía en tierra de secano o tierra campa y el olivo, por el contrario, se concentraba en regadío, lo que indica el cuidado de que era objeto. La barrilla también se producía con frecuencia en regadío.

d) Hay otros productos agrícolas abundantes como: higos, algarrobas, vid, palmas, dátiles, sosa, salicor y el crecimiento espectacular de la almendra a finales del siglo XVIII. Se aprecia cómo decaen el esparto y el comino y, por el contrario, la aparición, en la década de los 60, de otros: paja, alfalfa, frutas, verduras, garbanzos y lentejas. La zona

⁶⁷ *Ibidem*.

⁶⁸ *Ibidem* y V. Gozávez, *El Bajo Vinalopó...*, p. 114.

tiene una producción de trigo escasa y carece, como explícitamente se recoge en las relaciones de mitad del siglo XVIII, de los siguientes cultivos: morera, arroz, mijo, panizo, centeno, avena, guisantes, judías, lino, cáñamo, ajos, cebollas y aguazul. "La cosecha de legumbres es de poca consideración y toda la consumen los propios labradores".⁶⁹

En cuanto al algodón, todavía muy poco implantado, recogemos a continuación una curiosa anécdota que cuenta cómo llegó a conocerse en Elche y quién lo introdujo a principios del siglo XVIII:

Por los años 1726 y 1727 vendió Salvador Torres, marido de Rosa Villalva, en primeras nupcias, cierta cantidad de trigo, y de ella tomó Diego Vives, marido de y limpiándolo hallaron unas simientes, y movidos de la curiosidad, y hallándose arrendador del huerto de la puerta de la Morera, que así se llama, y al presente de los hijos herederos del difunto Don Jorge Santacilia y Doña María Teresa Agulló, plantó estas simientes y aviendo nacido y crecido echaron flores, y estas las cogían y no dexaban que granasen, por lo que no podían saber lo que era, y aviendo venido cierta familia de el campo de Cartagena y pedido por merced a dicho Diego, si les quería dexar pasar allí por algun rato á hazer de comer y condescender el dicho a ello, le preguntaron que de donde sacarían leña, y el respondió que traxesen comida que leña el les daría y entrando dicho Diego al huerto a escaimondar una Palmera para leña a los forasteros cayó una Palma, y rasgó la mata en presencia de los forasteros, y viendo dicho Diego que se avia destruido la mata dixo que la arrancasen pues no servía de nada, á lo que dixo uno de los forasteros que Ustedes no la conocen pues esto es Algodon; dextenla y verán como ella lo manifiesta, y así lo hicieron al siguiente año, y visto esto, se fue llenando Elche y llega oy á valer 2 rs. valencianos la libra con simientes y todo. Esto se tiene por cierto por ser publica voz y fama entre los Arrendadores de los Huertos que son quienes tratan con esto; y tambien avermelo el mismo dicho a mi D. Jayme Tarrega.⁷⁰

Habría sido muy interesante haber podido calcular los rendimientos de cada cultivo. Desgraciadamente no hay información para ello. Estos rendimientos no debieron ser muy notables por las condiciones del terreno y las técnicas e instrumentos que se utilizaban. Sólo tenemos una idea del rendimiento aproximado de los olivares en regadío. En 1770, año de cosecha normal como se indica, las 12.000 tahúllas dedicadas a olivos proporcionaban entre 100.000 y 130.000 arrobas de aceite. Aproximadamente cada tahúlla de olivar llegaba a producir 9,58 arrobas de aceite. Entenderemos mejor el rendimiento del olivar ilicitano hacia

⁶⁹ A.M.E., *Estadística*, "Expediente para evacuar el..."

⁷⁰ A.M.E., leg. 70-A-n.º 13, "Manuscrito de 1761".

1770 si reducimos lo anterior a medidas actuales.⁷¹ El resultado es que, según diversos cálculos que hemos realizado a partir de los datos anteriores, el olivar en regadío producía 0,81 Qm. de aceite por hectárea cultivada. En la actualidad, las cifras normales oscilan entre 1 y 3 Qm. por Ha. en las principales zonas olivareras; los rendimientos medios españoles del período 1951-1973 estuvieron entre un límite mínimo de 1,74 Qm. por Ha. y un límite máximo de 2,08 Qm. por Ha. en 1972.⁷²

El crecimiento agrícola del siglo XVIII había introducido algunas mejoras agrarias, como nuevos cultivos con fines comerciales o industriales (algodón, frutas, verduras, etc.) y la extensión del regadío. También ciertas mejoras y cuidados en la agricultura, tal y como refiere Cavanilles:

Guiáronse las aguas hacia la porcion privilegiada que circuye la villa, y muy en breve se vieron en aquel suelo, ántes árido, bosques de olivos, vergeles deliciosos, jardines amenos y agradables, no solo por la frescura, verdor y lozanía de los vegetales, sino por la novedad de frutos poco conocidos en el resto del reyno. Crecen y prosperan en varios parages del reyno las plantas de algodón, y las palmas que por capricho ú adorno se conservan en algun huerto; pero hacer cosechas importantes y cultivar estos vegetales con conocimiento y esmero, solamente lo han conseguido los de Elche. Destinaron á palmas mil tahúllas contiguas á los edificios de la villa, que reducidas á huertos cercados de paredes forman un bosque circular de 70 mil palmas. Siguese á esta faxa circular de huertos otra mas ancha, donde se cultivan trigos, barrillas, alfalfas, y otras plantas útiles; y ultimamente vienen los olivos, que ocupan 30 mil tahúllas, y sirven de corona ó cerco al resto de las huertas.⁷³

Sin embargo no podemos olvidar, a pesar de la descripción de Cavanilles, lo rudimentario de las técnicas agrícolas, así como la naturaleza del suelo ilicitano en el resto del término que no es la reducida y privilegiada huerta del Vinalopó. Tampoco debemos olvidar que los cultivos principales del siglo XVIII eran la cebada (sujeta, como veremos, a rendimientos decrecientes al compás del movimiento demográfico y roturador) en el secano y, en regadío, los dos grandes cultivos comerciales:

⁷¹ La conversión de medidas de la época la hacemos a partir del "Expediente para evacuar el interrogatorio...", de 1770, anteriormente citado. Para las equivalencias con medidas y monedas actuales hemos partido del libro de J. M. Ruiz, *Tarifa oficial de equivalencias de las pesas y medidas métricas a las antiguas de esta villa de Elche*. Elche, 1869; 19 págs., del que se conserva un ejemplar en el A.M.E.

⁷² P. George, *Geografía económica*, Barcelona, 4.ª ed., 1970, pág. 329. Y el *Anuario económico y social de España*, dirigido por R. Tamames, Barcelona, 1976, pág. 221.

⁷³ F. J. Cavanilles, *op. cit.*, II, pág. 270.

el olivo y la barrilla.⁷⁴ En este tipo de agricultura se encuentra la razón de la crisis posterior.

Por último y para precisar aún más la importancia de las distintas producciones agrarias del siglo XVIII en Elche, podemos establecer una comparación a partir del valor monetario del producto agrícola bruto, calculado con los datos de los años 1766, 1769 y 1771. La *figura 4* muestra los valores totales respectivos. De cerca de 423.656 libras que resultaría de renta agrícola, el 48,80 % procedía del aceite; 15,69 % de la barrilla; 21,82 % de la cebada; 3,15 % del trigo; 2,17 % del salicor; y 1,89 % del vino producidos localmente. Todas las demás producciones tenían un valor muy inferior. El olivo, la barrilla y la cebada eran, a mucha distancia de las demás, las producciones agrícolas fundamentales de la zona y proporcionaban el 86,31 % de la riqueza agrícola de la misma durante los años 60 y 70 del siglo XVIII. No parece que la situación se hubiese modificado en vísperas de la crisis agraria ilicitana.

4. EL CRECIMIENTO ECONÓMICO DEL SETECIENTOS

Durante el siglo XVII se desencadenó una pugna, decisiva para la evolución económica, que enfrentó en Elche a intereses económicos distintos, representativos de dos posibilidades de crecimiento económico. La economía del seiscientos presentaba una progresiva recuperación agrícola en base a ciertos cultivos, pero por la descripción de C. Sanz puede apreciarse que esta economía no dependía solamente de los rendimientos agrícolas. Había dos actividades económicas de igual valor: la fabricación y exportación de jabones; y la ganadería; además del complemento valioso, y en ocasiones fundamental, que suponía la recolección, la pesca y la caza en los almarjales, en la albufera o en el mar y sus proximidades:

Cógese de dos a dos años mucho aceite en abundancia, tanto cuanto en lugar de España. Porque si de él no se fabricara jabón de losa que vende a toda España y se embarcara para esas partes del mar como par Italia, Flandes, Bretaña e Inglaterra, no se pudiera gastar ni consumir y no se sacara de él ni un real. El trigo es poco el que se coge, y no se siembra sino en el secano, aguardando el rocío del cielo. Cebada recoge en abundancia, y la tierra la lleva con tanto gusto que parece que Dios nuestro Señor muestra aquí su liberal mano: pues se ha visto de muy ordinario salir y producir de un grano doscientas y cincuenta espigas y algunos años más de 300, como yo lo he visto (...). Barrillas se cojen

⁷⁴ P. Vilar llama a este tipo de agricultura, agricultura "de especulación". Cf. *op. cit. supra*, III, págs. 257 y ss.

muchísimas que de ellas se sacan y embarcan en navíos para lejanas tierras. Vino se recoge para su bebida. Algarrobas muchas y en razón de caza del monte y aves de almarjal abundan en extremo. De manera que es tan fértil y abundante en todas cosas este término de Elche, que por serlo tanto y tan grande, vienen a dar pasto a sus ganados cada un año más de veinticuatro o veinticinco mil cabezas de ganado de las partes de Aragón por la abundancia de yerba y ser tierra caliente para su crianza de ganado...⁷⁵

El crecimiento agrícola debió ser estimulado por la nueva coyuntura de alza de precios que se inicia hacia 1680.⁷⁶ Precisamente en este año, un documento, atribuible a un noble local y dirigido contra la "tiranía" del señor de Elche, expresaba que el término: "... tiene puerto, deesas, montes, Albufera, Azeyte que es un prodigio, Barrilla que es un asombro, Esparto, Cevadas, Dátiles, mila casas, Nobleza Ilustre, Labradores poderosos, hombres hazendados y de gran caudal..."⁷⁷

Posiblemente fue en torno a estos grupos sociales (nobleza local, que es propietaria de las mejores tierras, y un sector de labradores acomodados y de comerciantes con dinero) donde se inició el crecimiento agrícola, atrayendo a pequeños labradores sin tierras de las comarcas vecinas. Y la expansión de la agricultura tenía que tropezar, a finales del siglo XVII, con el tipo de economía anterior, que hemos llamado, de forma exagerada, de "ciudad-estado".

La libre comercialización de los excedentes agrarios tropezaba con las reglamentaciones del municipio foral que defendían a la fabricación de jabones local y a la economía campesina de subsistencia de la penetración del capital comercial. En este sentido, el municipio se comportaba como un pequeño estado con reglamentaciones coactivas y paternalistas, dentro, a su vez, del sistema señorial. Las reglamentaciones municipales obstaculizaban tanto el crecimiento de la superficie cultivada y de los cultivos rentables comercialmente como el de los intercambios comerciales con el exterior. La política económica establecida, tendía a mantener un cierto equilibrio económico entre la agricultura, la ganadería, la manufactura jabonera y otras actividades económicas complementarias. De esta forma, la ciudad de Elche se convertía en un tercer poder político, con relativa autonomía, favorecida por la pugna que arrastraban, desde tiempo atrás, la aristocracia y el rey por la titularidad del señorío.⁷⁸

⁷⁵ C. Sanz, *Excelencias de la Villa de Elche...*, pág. 99.

⁷⁶ P. Molas Ribalta, *Comercio i estructura social a Catalunya i Valencia als segles XVII i XVIII*. Barcelona, 1977.

⁷⁷ A.M.E., *Duque (Textos)*, "El Duende Celador", Elche, 1680, ms. f. 3 v.

⁷⁸ El pleito de incorporación a la Corona que la villa de Elche inició en 1574 y que duró hasta 1697-99, introdujo en Elche una situación anómala, por

Las reglamentaciones municipales protegían a la pequeña producción campesina de subsistencia, que se mantenía gracias al uso de las tierras comunales; y al incipiente capital industrial, surgido de entre los pequeños productores de una artesanía cualificada. Al mismo tiempo, el municipio regulaba los pastos tanto de los ganados del campesinado ilicitano como de la trashumancia aragonesa. La expansión de la agricultura quedaba ostaculizada por semejante "modelo económico", perjudicando ostensiblemente a los grandes propietarios, a los comerciantes de productos agrícolas y a los cultivadores acomodados, deseosos de colocar sus excedentes de barrilla, aceite y cebada en el mercado exterior libremente. Este mercado se presentaba fácil y atractivo a través del cercano y privilegiado puerto de Alicante. Sus intereses eran opuestos a los de los pequeños productores del campo y de la ciudad y a los de los fabricantes de jabones, necesitados estos también de protección, para que semejante exportación no encareciese las materias primas de su industria y los alimentos de primera necesidad. Estaba claro que el tipo de acumulación que se podía producir dependía de en qué sentido se resolviese el conflicto social anterior.

La contraposición de intereses, que refleja dos vías contrapuestas de transición del feudalismo al capitalismo, coincide con la Guerra de Sucesión y, por tanto, con la lucha entre partidarios de un centralismo que suponía la eliminación del sistema foral (la imposición de la vía agraria castellana de transición; por ello la pequeña nobleza local iba a adoptar posturas borbónicas y procastellanas) y, por otro lado, defensores del antiguo sistema de la Corona de Aragón (con las autoridades municipales al frente), que potenciaba otro camino de acumulación y de crecimiento económico. El desenlace de la guerra tuvo una consecuencia inmediata que se aprecia en Elche: a la par que entraba en crisis el municipio tradicional, lo hacía también la economía "natural" de los pequeños campesinos (privados de las tierras comunales por el inicio de un proceso de enajenaciones en favor del señor y de la oligarquía local); y la producción jabonera ilicitana, a pesar de la excelente coyuntura que se le presentó con el contagio pestífero de su principal rival la ciudad de Marsella, entraba en una decadencia rápida. Todo ello fue acompañado de la expansión agrícola, de la decantación de la agricultura ilicitana hacia el comercio exterior del aceite, la barrilla y la cebada y de la consolidación del "modelo castellano", que suponía el predo-

lo que al régimen señorial respecta. Durante este período, Elche pasó por diversas coyunturas, más o menos favorables a los nominalmente señores del término; pero siempre el poder señorial se vio contrapesado por el pleito pendiente y por la actitud de la monarquía, que hasta la segunda mitad del siglo xvii no decidió apartarse de la causa de reversión incoada por la villa.

minio de los grandes propietarios y de los comerciantes exportadores de productos agrícolas, a costa de la ruina de las artesanías y manufacturas locales. Un proceso que recuerda al que tuvo lugar en la Castilla del siglo xvi⁷⁹ y que contendrá las contradicciones sociales que se pondrán de manifiesto durante los siglos xviii y xix. Semejante tipo de economía estableció unas relaciones de producción que quedaron reflejadas en la estructura de propiedad característica del sur valenciano: la concentración de la propiedad reforzó a la oligarquía local formada por la pequeña nobleza, el clero y una todavía poco importante burguesía comercial. La acumulación la realizaron estos tres grupos sociales, mientras que la mayor parte del campesinado apenas si salió beneficiado del cambio coyuntural. Por contra, una buena parte del pequeño campesinado sufrió las consecuencias de la enajenación de baldíos y comunales y de la penetración de las relaciones comerciales, sin que encontrase en la ciudad ocupación económica alguna. Son los pobres a que nos hemos referido en el punto dos.

Aproximadamente hacia 1729, el año en que los jaboneros ilicitanos emigraban a Marsella y los comerciantes extranjeros se asentaban en Alicante,⁸⁰ la nueva coyuntura acabó actuando en favor del crecimiento agrícola y en beneficio de rentistas y comerciantes. Al tiempo que la economía ilicitana se recuperaba de las secuelas de la guerra, aparecían ya los rasgos principales de lo que después iba a ser una estructura económica fundamental hasta la industrialización. Durante el siglo xviii, esta estructura presentó una modalidad de agricultura que, en el marco económico "mundial", permitió un crecimiento inusitado. Basada en la comercialización del aceite y la barrilla (acompañadas por la cebada hasta que el crecimiento de la población en Elche lo impidió), la economía ilicitana mantuvo una expansión de la que es un índice el crecimiento demográfico. Esta expansión proporcionó una vía de acumulación originaria que quedó en manos de la pequeña nobleza de propietarios ilicitanos, de los comerciantes exportadores de productos agrarios a través del puerto de Alicante y, en menor medida, de algunos cultivadores directos acomodados. Hacia 1730 y hasta finales del siglo xviii dicho modelo estimulará el crecimiento de las fuerzas productivas y en general de la agricultura ilicitana, de la mano de la penetración del capital comercial en el campo. La relación contractual se generalizó, así

⁷⁹ Cf. A. García Sanz, *Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Castilla la Vieja. Economía y Sociedad en tierras de Segovia 1500-1814*. Así como el comentario y crítica que realiza S. Moreta, "Historia económica. Historia social y feudalismo. Reflexiones en torno a un libro de historia", en *Agricultura y Sociedad*, n.º 8, Madrid, julio-septiembre, 1978, págs. 233-247.

⁸⁰ A.M.E., *Industria y Comercio*. Así como *Cabildos*, año 1729.

como la utilización de jornaleros; y fue ganando terreno el concepto de propiedad privada, deslindada, amojonada y al fin cercada, sobre el antiguo sistema de campos abiertos y de usos comunales. La ganadería se resintió, con lo que la carne comenzó a escasear.⁸¹ También las roturaciones destruyeron lagunas y almarjales, desapareciendo la actividad recolectora, la caza y, en menor medida, la pesca, en ciertas zonas del término de Elche.

Durante el siglo XVIII creció considerablemente la superficie cultivada, a costa, naturalmente, de poner en producción tierras de peor calidad. No obstante, la extensión también afectó a tierras que, sin presentar las ventajas de la reducida vega, iban a dar en el futuro rendimientos aceptables. Pero a mitad del siglo XVIII daba la sensación de que se estaba alcanzando el límite de lo mínimamente rentable a largo plazo.

Si la superficie cultivada pudo estar cerca de duplicarse durante el setecientos, la población se triplicó, gracias a un crecimiento vegetativo favorecido por la coyuntura,⁸² a la ausencia de catástrofes demográficas y sobre todo a una poderosa inmigración. De una densidad relativamente débil, Elche llegó a alcanzar, a finales del siglo XVIII, un "umbral crítico", al no poder mantenerse la producción al mismo ritmo que la población.

Antes de la crisis, el crecimiento demográfico estuvo en relación directa con el crecimiento de la producción agrícola. La *figura 5* relaciona el incremento de la producción de cebada con el de la población y establece una correspondencia muy estrecha. La *figura 6* expresa la relación establecida entre algunas variables económicas principales, así como también, lo que señalamos con todo interés, el hecho de que fuesen los años centrales del siglo XVIII los mejores desde un punto de vista económico.

La modalidad agraria ilicitana se caracterizó por lo siguiente. En primer lugar es indudable que sustentó un crecimiento demográfico que repobló el término con rapidez, hasta obtener densidades relativamente

⁸¹ J. M. Palop, *Hambre y lucha antifeudal. Las crisis de subsistencia en Valencia (Siglo XVIII)*, Madrid, 1977, recoge la relación entre los motines de 1766 y el precio de la carne, que se había ido encareciendo a lo largo del siglo XVIII. Es muy probable que en la centuria anterior el consumo de carne hubiera sido más general y frecuente; perfectamente lógico si tenemos en cuenta que existían abundantes terrenos baldíos para pastos que fueron desapareciendo, al compás de las roturaciones agrícolas, durante el siglo XVIII.

⁸² No hay posibilidad de reconstruir en Elche el movimiento vegetativo de la población durante el siglo XVIII, por el estado en que se encuentran los registros parroquiales. Para la vecina Crevillente cf. V. Gozávez, *La ciudad de Elche...*, págs. 77-79.

elevadas para la época. Al compás de la repoblación (la expulsión de los moriscos había despoblado el término), se iba produciendo el amplio movimiento roturador y de ocupación agrícola del territorio. En función de ello, estimulado por la demanda de una producción en aumento, se impulsó una cierta producción artesanal, en especial la textil sencilla, la de rudimentarios útiles de trabajo y la de semielaboración de productos agrícolas para el consumo, que estaba reemplazando a la crisis jabonera cuando el inicio de la crisis agraria echó por tierra también este proceso artesanal. La jabonería ilicitana perdió toda su importancia durante el siglo XVIII.

En segundo lugar, la agricultura ilicitana giraba en torno a la cebada y al aceite, en cuanto a producción y superficie cultivada, como muestra la *figura 7* y la *figura 8*. Todo hace pensar que hacia 1750 la economía familiar campesina de tipo tradicional y para el autoconsumo había entrado en crisis por culpa de la expansión de una agricultura comercializada en gran medida. La cebada, el aceite y la barrilla suponían la mayor parte de la renta bruta gracias a la comercialización de sus excedentes en el exterior. Como consecuencia de los precios en alza de estos productos durante el siglo XVIII, se organizó una agricultura de exportación con grandes beneficios económicos y una orientación claramente especulativa. Su expansión estuvo favorecida por la coyuntura favorable que se le presentó a las producciones ilicitanas; especialmente al aceite, barrilla, sosa y salicor. Por el hecho de que estos cultivos, fundamentalmente aceituna y barrilla, se localizaban en las mejores tierras de regadío, propiedad de la oligarquía local, los rendimientos quedaban mucho menos afectados por la productividad decreciente propia de las tierras marginales. Esta productividad decreciente la experimentaron, de forma dramática, los pequeños campesinos; recién llegados a Elche, al compás del movimiento demográfico y roturador del siglo XVIII. La agricultura de la pequeña nobleza ilicitana y de la burguesía comercial, en estrecha relación con los comerciantes exportadores del puerto de Alicante, entró en crisis por razones comerciales y no por los rendimientos decrecientes. Lo cual significa que nos encontramos con una agricultura y una crisis mucho más moderna y avanzada. Creemos, pues, que en función de la coyuntura del siglo XVIII, la producción agrícola ilicitana comenzó a girar sobre el aceite, barrilla y la cebada (especialmente las dos primeras), cuya comercialización era la base de la riqueza agrícola de Elche y de su expansión en el setecientos. No nos podemos detener aquí en el análisis de la coyuntura económica internacional, pero debemos sorprendernos de la antedicha expansión del olivar en Elche, cuando cabría recordar que, según Cristóbal Sanz, en 1621, su calidad no era excesiva por las condiciones

del suelo y del clima ilicitano y a pesar del cuidado que sin duda se tenía para su riego.⁸³

En tercer lugar, aunque el motor del crecimiento fuese la producción y comercialización de los cultivos anteriores, existía otro tipo de agricultura, por cuanto la pequeña economía campesina no había todavía desaparecido. La intensificación de las relaciones comerciales en el campo y los progresos del comercio comportaban un desarrollo, todavía débil, del capitalismo, en tanto entraba en crisis la economía familiar de subsistencia. Esta crisis venía acentuada por el proceso de usurpación de comunales, inserto en el doble fenómeno, coincidente en el tiempo, de la reacción señorial y de la expansión de la gran propiedad. Con iguales consecuencias actuaba otro proceso dirigido a la privatización de las mejores tierras de regadío (los olivares) y a la expulsión del pequeño campesinado de estas tierras. Pero la pequeña economía campesina, amenazada por todo lo anterior, tendía a reproducirse con las roturaciones de tierras marginales, y es este tipo de economía el que se vería afectado por los rendimientos decrecientes de finales del siglo XVIII, que iniciarían la crisis de principios del siglo XIX. El crecimiento de la superficie cultivada, bajo el empuje demográfico del setecientos, se realizó a partir de nuevas roturaciones en tierras de secano y con técnicas e instrumentos muy primitivos. Los rendimientos decrecientes tenían que limitar y amenazar semejante crecimiento agrícola —más que de un crecimiento quizás habría que hablar de un “proceso productivo de reproducción simple”, distinto, pues, de la “reproducción ampliada”—⁸⁴ y desencadenar frecuentes crisis de subproducción. Eran las crisis de “tipo antiguo”, cuyos mecanismos y consecuencias, a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, son muy conocidos.⁸⁵

5. LA CRISIS AGRARIA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Durante el siglo XIX la producción agrícola disminuyó de forma paralela al retroceso de la superficie cultivada. Los rendimientos decrecientes, que en muchos casos provocaron el abandono de las tierras

⁸³ C. Sanz, *op. cit.*, pág. 99.

⁸⁴ E. Sereni, “Los problemas teóricos y metodológicos”, en VV. AA., *Agricultura y desarrollo del capitalismo*. Madrid, 1974, págs. 41 y ss., y S. Moreta, *op. cit.*, pág. 236.

⁸⁵ Cf. E. Labrousse, *Fluctuaciones económicas e historia social*. Madrid, 1973. G. Anes, *Las crisis agrarias en la España moderna*. Madrid, 1970. Del mismo autor, *Economía e “Ilustración” en la España del siglo XVIII*. Esplugues de Llobregat, 1969. J. M. Palop, *Fluctuaciones de precios y abastecimiento en la Valencia del siglo XVIII*. Valencia, 1977.

cultivadas, fueron una de las causas de la crisis agrícola. En el caso de la producción de cereales, el aumento de la población había ido convirtiendo a la cebada, de un cultivo que se exportaba, en una producción que faltaba para cubrir la alimentación local básica. Los rendimientos decrecientes y las crisis no harían sino agravar el problema.

Durante la centuria anterior, la extensión de la superficie cultivada a montes, baldíos y pantanos, supuso la destrucción de un paisaje natural anterior, que había posibilitado actividades complementarias para la pequeña economía campesina, como la recolección, la caza o la ganadería. Estas actividades fueron desapareciendo, al compás del crecimiento espectacular de la agricultura y de la penetración de las relaciones comerciales en el campo. De esta forma, mientras se establecía una agricultura que proporcionaba beneficios comerciales a la oligarquía local, el pequeño campesinado veía una vez más recortadas sus posibilidades económicas, relegándose a tierras de mala calidad sin poder seguir ejerciendo sus tradicionales derechos comunales sobre los desaparecidos baldíos.

Los primeros síntomas de la degradación de un paisaje agrícola, tan trabajosamente construido en la centuria anterior, comienzan hacia 1803. El retroceso no se produce solamente en los antiguos almarjales, sino que afectó en general a toda la periferia de la llanura, donde comenzaron a notarse los rendimientos decrecientes que condujeron al abandono de campos anteriormente cultivados. Un testimonio de 1804 muestra la amplitud de esta degradación.⁸⁶ Alude al retroceso de la superficie cultivada en la zona de Almarjales y en las partidas rurales de La Casa Blanca, Derramador, La Hoya, Baya, Valverde y Santa Pola. En muchos campos, anteriormente cultivados, proliferaban ahora carrizales y juncares infructíferos. Mientras en 1760 “...en que no eran tan abundantes las aguas saladas para el riego...” si se recorría “...el término desde el partido de la Casa Blanca hasta Santa Pola se recrearía el sentido... ya por sus largos y frondosos viñedos, ya por sus hermosos y diferentes plantíos de árboles de toda especie de fruto, ya por sus abundantes cosechas de panes y últimamente por su mucho caserío que más parecía

⁸⁶ A.M.E., leg. 30-B, “Expediente formado por el Ayuntamiento a instancias del Dr. Carlos Bru para que se forme un cauce para el desagüe del terreno de varios partidos”, Elche, 1804, ms. s/f. La extensión del riego a tierras salobres del litoral produjo costras en la superficie de las mismas, que terminaron por imposibilitar su cultivo. A ello se añaden los rendimientos decrecientes de las tierras de secano del interior, puestas también recientemente en cultivo. Las dimensiones de la crisis, en cuanto a los rendimientos, se agranda considerablemente, precisamente en el momento en que también era más grave el problema de la comercialización de los cultivos producidos en las mejores tierras.

una continuada Aldea que un campo solitario...", hoy día (es decir: en 1804), "...lo recorremos... y lo parangonamos con aquella época y no hay más que carrizales y juncas infructíferos, tierras eriales, sin cultivo, casas arruinadas, una soledad casi interminable que la insalubridad del agro infecto por las aguas pantanosas provee el mucho riego de las tierras estantes". Es preciso, concluye, desaguar la zona y poner límites y orden a este riego anarquizante que tanto perjudicaba a los suelos. El testimonio del capitán general de Valencia, Xavier Elío, en 1815, refuerza la imagen crítica del documento de 1804: "...y en el 1804, ya todo estaba convertido en tierras eriales abandonadas por sus antiguos moradores, y olvidadas de sus dueños; en escombros, en junqueras, carrizales, y matorrales infructíferos; en una soledad espantosa, en una insalubridad que ha hecho desaparecer infinitas familias; que ha disminuido extraordinariamente los Propios, que ha menoscabado los Diezmos, y en fin setenta mil tahullas de tierra feraz, son ya un desierto, albergue de ladrones, asesinos y contrabandistas".⁸⁷ La crisis de principios del siglo XIX sucedía al amplio movimiento de roturaciones que acababa de tener lugar en la centuria anterior.

En 1842 se nos ofrece la nítida imagen de la decadencia irreversible del poblado de San Francisco de Asís, fundado en 1748 en el término de Elche: "...putrefacción que se nota en el azarbe titulado de la Cebada á causa de sus muchas aguas Pantanosas y rebalsadas por defecto de no haberse limpiado muchos años hace, que de día en día crecen más las enfermedades en todas las familias de sus inmediaciones hasta el extremo de tener algunas de ellas que abandonar sus intereses y casas solo por buscar y recobrar la salud perdida".⁸⁸

Durante la primera mitad del siglo XIX la producción agrícola disminuyó con la superficie cultivada. Los rendimientos decrecientes, que en muchos casos provocaron el abandono de las tierras cultivadas, fueron una de las causas de la crisis agraria. En cuanto a la producción de cereales, el aumento de la población convirtió a la cebada de un cultivo de exportación en una producción que comenzaba a faltar para cubrir la alimentación local. Los rendimientos decrecientes agravaron el problema. En uno y otro sentido, los principales afectados iban a ser el pequeño campesinado y un amplio espectro urbano de consumidores modestos.

⁸⁷ A.M.E., *Almarjales*, "Comunicación del Capitán General proponiendo, para el mejoramiento de Saladares, el desecamiento de la laguna, para lo cual se propone cubrir una canal ó azarbe que facilite la operación". Valencia, 23 de abril de 1815.

⁸⁸ A.M.E., *Carrizales*, "Exposición de varios labradores de carrizales en nombre de los demás circunvecinos del Derramador y Santa Pola", 1842, ms. s/f.

Para el olivo se suele hablar, en los documentos, de una epidemia de "negrillo o piojo" que perjudicó enormemente a los olivares a finales del siglo XVIII y redujo su producción, lo que explicaría la crisis de producción que tiene lugar por entonces en Elche. Pero nosotros pensamos que la causa fundamental de la crisis del olivar ilicitano puede ya detectarse en la segunda mitad del siglo XVIII, antes de la famosa epidemia.⁸⁹ Los años de expansión del olivar y de la producción de aceite fueron los años centrales del siglo XVIII: en 1744-45 hubo una producción total de 98.563 arrobas que ascendieron a 280.982 en 1746-47. Después, la producción se mantiene no muy por encima de las 240.000 arrobas para descender a 173.705 en 1767-68 y a 172.800 en 1769-70. A pesar del leve incremento posterior, no se superó la producción de mitad del siglo XVIII.

El primer síntoma de crisis se encuentra en la coyuntura de los años 60, cuando los excedentes de aceite no encontraron salida comercial exterior.⁹⁰ Y es, pensamos, en una razón de tipo comercial (no olvidemos el carácter de esta agricultura en Elche) y no en los rendimientos decrecientes (que pudieron contribuir a la crisis pero que resultan menos importantes si tenemos presente que el olivar se cultivaba en las mejores tierras de regadío), donde se encuentra la causa de la decadencia del olivar ilicitano.

Por ejemplo: a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, la Iglesia de Santa María de Elche ya no comprará tierras de olivar sino tierra campa. Las razones que dan los administradores son las siguientes:⁹¹ los olivares son de mucho aprecio por parte de los propietarios de Elche, tanto por estar situados en la huerta y en sus inmediaciones, como por lo valioso de sus frutos. Desde el siglo XVII el clero de Santa María

⁸⁹ Son abundantes y diversas las referencias a la epidemia de piojo o "negrillo" del olivo. Pero sin embargo, y aun teniendo en cuenta lo que debió suponer para la decadencia del cultivo del olivar en la zona de Elche, no consideramos a este hecho como la causa de la crisis. Más bien pensamos que se añadió a una situación anterior que se había mostrado en los años 60 del siglo XVIII y que se había ido acentuando durante la segunda mitad de dicho siglo hasta enlazar con las guerras de finales de la centuria. De todas formas, se hace necesario un estudio sobre el olivo y el aceite en la economía valenciana del setecientos; en nuestra opinión, la base de la expansión espectacular (junto con la barrilla) de la agricultura y de la economía del sur valenciano durante la primera mitad del siglo XVIII y antes de que las comarcas arroceras tomen el relevo del crecimiento agrícola valenciano.

⁹⁰ A.M.E., *Duque (Cartas)*, correspondencia con su administrador, años 1760-67.

⁹¹ Archivo de la Basílica de Santa María de Elche, *Libro de Propiedades en el que se anotan las del reverendo clero de la Insigne Parroquial Iglesia de Santa María de la villa de Elche*, escrito por sus archiveros en 1796.

había invertido dinero de obras pías en comprar estas propiedades, que luego arrendaba a corto plazo. Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, y a medida que transcurre el siglo, se hace cada vez menos rentable tal inversión. Ello es debido a que el precio de la tahúlla del olivar se ha elevado mucho, mientras que produce relativamente pocos beneficios en relación con el dinero que se paga por la tierra. A finales del siglo (1796), se indica que no es ventajoso en absoluto, por cuanto los mismos "capitales" empleados en tierra campa producen un 5 o un 6 por cien, mientras que en olivar tan sólo un 3 o un 4 por cien. Además de esto, se añade, la producción del olivar en 1796 no se espera que supere a la de los años anteriores, sino que va en disminución progresiva.

Nos encontramos, pues, ante una crisis comercial para el olivar ilicitano, en el sentido de que los precios del aceite no compensan la inversión realizada en tierras cuyo precio es elevado. Por ello creemos que la causa fundamental de la crisis del olivar hay que buscarla en un cambio de coyuntura, que debió tener lugar, de forma progresiva, durante la segunda mitad del siglo XVIII y que fue agravado por la epidemia de finales de siglo. Un cambio de coyuntura cuyas consecuencias sociales y económicas se pueden entrever, si tenemos en cuenta lo dicho anteriormente sobre la estructura económica ilicitana. También se produjo un cambio de coyuntura para los precios de la barrilla, antes incluso de que la solución química artificial para la fabricación de jabones hiciese perder todo su valor a la producción barrillera de las actuales provincias de Alicante y Murcia.⁹² La figura 9 muestra la evolución experimentada durante el siglo XVIII.

La caída relativa de los precios del aceite ilicitano (un aceite que, como ya nos había anunciado Cristóbal Sanz en 1621, era de mediocre calidad) no fue contrarrestada por una mejora en las técnicas productivas⁹³ para hacerlo, en la medida de lo posible, competitivo en el mercado exterior. Cada vez más reducidas sus posibilidades comerciales, resulta lógica la decisión de la Iglesia de Santa María, compartida por otros propietarios, de invertir en tierra campa en el momento en que precisamente se inicia, para los cereales, una coyuntura de alza de

⁹² La barrilla era una planta anual que crecía en terrenos salitrosos y proporcionaba, tras su desecación y calcinación, carbonato sódico. De ahí su importancia para las fábricas de vidrio, cristal, jabón, etc. A finales del siglo XVIII se comenzó a obtener carbonato sódico por otro procedimiento, a partir de la sal común, lo que hizo perder importancia al cultivo y exportación de plantas barrilleras.

⁹³ Cf. A. J. Cavanilles, *op. cit.* II, pág. 270 donde refiere lo que considera una desacertada poda del olivar en Elche.

precios paralela al crecimiento demográfico.⁹⁴ Esto explicaría el crecimiento espectacular de la superficie cultivada en la periferia del término de Elche (dedicada, la mayor parte, a cultivar cebada) mientras se estancaba la producción olivarera e iniciaba su decadencia, a falta de las mejoras correspondientes, la agricultura comercial de mitad del siglo XVIII. Entramos en un período de transición, que terminará con una reconversión agraria y con un claro retroceso en Elche que coincide, a nivel internacional, con la crisis comercial de las guerras del reinado de Carlos IV y la guerra de Independencia. La agricultura del olivo y la barrilla va siendo sustituida por una agricultura más tradicional en torno a la producción de granos. La población se diluye por el término de Elche, ocupando zonas cada vez menos productivas como hemos visto. Mientras tanto, los beneficios de los grandes propietarios urbanos que cultivaban los olivares con mano de obra asalariada, decrecen y muchos de ellos deciden emigrar de Elche. La vida urbana decae al compás de la ruralización. Los rendimientos decrecientes comienzan a experimentarse a principios del siglo XIX en estas tierras marginales, dedicadas, en su mayoría, a la producción cerealícola.

La crisis agraria vino en Elche por un doble conducto y fue agravada por las circunstancias políticas del período. Hubo una crisis cerealística y un "umbral crítico" población/subsistencias, pero también hubo, con anterioridad, una crisis comercial. Y es lógico que si el crecimiento del siglo XVIII se había hecho en función precisamente de la coyuntura y de la penetración del capital comercial en el campo, la crisis comercial que sufriría Elche debía desencadenar una serie de consecuencias que dieron al traste con semejante crecimiento, a la vez que destruían el modelo de agricultura comercial, urbana y con fines de exportación. Quedaba la reconversión. Pero, en las circunstancias políticas que se avecinaban, esta reconversión supuso la vuelta momentánea a una economía agraria relativamente autóctona y mucho más tradicional. Hasta la segunda mitad del siglo XIX no se producirá la reconversión definitiva de la agricultura ilicitana.

Durante el período que va desde la guerra de Independencia al final de la primera guerra carlista, la crisis económica se acentuó. Como hemos visto, la crisis se había ido gestando en la centuria anterior, por la interrelación entre los límites internos del modelo de crecimiento agrícola que se había impuesto y la coyuntura comercial exterior.

La población pasó de un índice 100 en 1794 a 81 en 1813, 91 en 1833, 92 en 1841 y 105 en 1857; lo que indica el estancamiento demo-

⁹⁴ Aprovecho para agradecer a E. Fernández de Pinedo las interesantes observaciones que a este respecto me hizo en su momento.

gráfico que acompañó a la depresión económica. Se perdieron tierras anteriormente cultivadas y desapareció la producción olivarera y barrillera como producción predominante. Muchas tierras anteriormente dedicadas al olivo quedaron para cereales o comenzaron a plantarse en ellas viñedos. El bosque denso de olivares que nos describía en 1794 Cavanilles se reduce con rapidez. En 1822, según recoge V. Gozávez, los libros capitulares hablan de que no hay cosecha de aceite desde hace 24 años.⁹⁵ Las matrículas del Subsidio de Comercio de los años 1835 y siguientes expresan el "estado ruinoso en que continúan los olivares de esta villa"⁹⁶ y de igual manera lo hacen los administradores de la renta del señor en Elche.⁹⁷ En fin, los informadores que tuvo Madoz en Elche daban cuenta también del retroceso del olivar. A mitad del siglo XIX suponía el 3,5 % de la superficie cultivada, cuando a finales del siglo XVIII había alcanzado casi el 7 %.⁹⁸ En el padrón de 1849 se aprecia, en las rectificaciones realizadas en 1850, cómo muchos cultivadores están sustituyendo los olivos por otras producciones más rentables. Desde esta fecha puede apreciarse el crecimiento de la viña en Elche.⁹⁹

Los datos de población, producción agrícola, evolución de los oficios, etc. revelan un retroceso de las fuerzas productivas y un paralelo declive económico. Se observa incluso una vuelta a formas económicas más primitivas y tradicionales, acompañadas del resurgir de ciertas actividades, como la ganadería, que habían declinado durante el siglo XVIII.

El campo se sobrepoblaba, sin que se introdujeran mejoras técnicas ni se actuase de forma "capitalista". Las sequías y las perturbaciones climáticas y geológicas¹⁰⁰ no hacían sino acentuar las fluctuaciones y

⁹⁵ V. Gozávez, *El Bajo Vinalopó...*, pág. 106.

⁹⁶ A.M.E., *Subsidio Industrial 1835 y ss.*, matrículas del subsidio de comercio de los años 1835, 36, 37, 38, 39 y 40. En la de 1845 se indica: "no haver cosechas de Aceytunas en el termino de esta villa".

⁹⁷ A.M.E., *Cuentas del Duque*, "Estado que manifiesta quales son las rentas que tiene su Excelencia en esta Villa de Elche...", 1827, ms. s/f.

⁹⁸ V. Gozávez, *El Bajo Vinalopó*, pág. 107.

⁹⁹ A.M.E., *Padrón de 1849*, 6 vols.

¹⁰⁰ En la década de los 40 fueron frecuentes y graves las sequías y en 1829 se había producido una serie de terremotos que, según una carta de un testigo, obligaron a construir barracas en las inmediaciones de Elche, saliendo la gente, asustada, de la ciudad: "La frecuente repetición de Terremotos aunque no tan fuertes como los primeros, me ha precisado a abandonar la casa como todos los vecinos de este Pueblo y hacer una Barraca en las inmediaciones del Pueblo en el mismo punto en donde estan todas las autoridades y clase distinguida (...) La consternación es muy grande ya por los estragos causados en los Pueblos circunvecinos que cinco de ellos han sido enteramente derruidos siendo victimas

las malas cosechas. No se avanzaba en las relaciones comerciales. Se extendía el absentismo de los grandes propietarios, la ciudad de Elche languidecía o se veía inmersa en un movimiento demográfico centrífugo y se multiplicaban los pequeños propietarios sin posibilidades de realizar una reconversión beneficiosa. Las enfermedades y las epidemias se recrudecían al compás de la pobreza y del crecimiento de la miseria. De nuevo reaparecía el bandolerismo, típico en otras épocas.

Esta situación crítica, en el marco sociopolítico de la crisis del Antiguo Régimen, fue dejando paso, lentamente, a una recuperación en la segunda mitad del siglo XIX. Pero esta recuperación no presentará ya los mismos rasgos del crecimiento del siglo XVIII. En 1864,¹⁰¹ el campo de Elche exportaba al resto de España: cebada, dátiles, palma, higos, salicor, barrilla, verduras, frutas, etc. e importaba: trigo, almendra, maíz, aceite de Andalucía, arroz, frutas, verduras, cáñamo, etc. Por entonces comenzaba la exportación de vino y aguardiente. Mientras se desarrollaba el mercado nacional, tras la revolución burguesa, y se empezaba a apuntar la salida definitiva que para la crisis será en Elche la industria alpargatera, el campo ilicitano, recuperado momentáneamente con el auge de la vid, no daba muestras de excesivo dinamismo. Menos aún podremos considerar a la agricultura en Elche el motor del crecimiento económico que, ahora, se encuentra en la industrialización incipiente. Muy al contrario, los problemas del campo llenaban las páginas de los periódicos locales de finales del siglo XIX, que repetían constantemente, cualquiera que fuese su ideología, la desdicha de la agricultura ilicitana.

Por eso, algunas de las frases que recogemos a continuación no son tan significativas de una realidad como de una ideología vinculada a los grandes propietarios de tierras, quienes, exagerando el pasado, lo presentaban como floreciente en relación con la crisis actual:

Según la España geográfica, en el año 1844, contaba entre nuestros productos agrícolas la gran abundancia de barrilla, riqueza hoy por completo perdida en este país (...) Hoy, cuando como queda dicho no existe la cosecha de barrilla; cuando han desaparecido más de cuarenta mil tabullas de olivares, y están en gran baja los huertos de palmas; y sin precio los cereales y en notable aumento los artículos de primera necesidad...¹⁰²

Y en esta exageración se atrevían a ensalzar la colonización de Carriales de forma tan irreal como la siguiente:

mas de setecientas u ochocientas Personas...", carta del 27-III-1829, recogida en A.M.E., P. Ibarra, *Papeles curiosos*, III, pág. 62.

¹⁰¹ V. Gozávez, *El Bajo Vinalopó...*, págs. 112-113.

¹⁰² Biblioteca Municipal de Elche, *El Labrador*, semanario, 12 de agosto de 1888, "Cuestión palpitante".

En la propiedad rural de Elche, existe una extensísima zona que ha sido en otros tiempos la riqueza de nuestro término (...). A nuestros mayores, les oímos contar en más de una ocasión lo que era Carrizales (...). El que posea diez tahullas en Carrizales, se consideraba rico...¹⁰³

Pero por mucha presentación interesada y falseada del problema, la crisis de la agricultura ilicitana era evidente y ni siquiera la reconversión de la segunda mitad del siglo XIX pudo ocultarla. En este marco económico específico, y en el contexto general del crecimiento de los años 1840-1890, es donde se inserta el inicio de la industrialización en Elche.

El planteamiento de la crisis del "modelo" agrario que se había impuesto en Elche tras el cambio de coyuntura de finales del siglo XVII, no puede quedar reducido al análisis de los factores económicos; remite a la estructura de las relaciones sociales de producción que son, en definitiva, el soporte social del crecimiento y del desarrollo económico:

Discútase o no el postulado marxista según el cual toda agrupación humana se caracteriza por las relaciones sociales de producción, es evidente que la última y sus oscilaciones dependen en muy amplio grado de la marcha del sistema social que las sustenta. También lo es que existen diversos tipos, diversas "estructuras" sociales.

...se verá que cada sistema, con su lógica propia, favorece al máximo —dentro del límite de sus posibilidades— el crecimiento global del grupo estudiado, cuando dicha lógica se aplica lo más cerca posible de su "modelo" ideal. En cambio, en todo sistema plagado de nuevos modos de producción, el impulso económico o bien tropieza con el funcionamiento social, o bien este funcionamiento tropieza con las exigencias de la nueva economía, y entra en crisis. Toca a la historia decidir, en cada caso, en qué medida la coherencia (o las contradicciones) entre lo económico y lo social han afectado al crecimiento.

Y P. Vilar termina la frase anterior con una nota a pie de página: "De donde el gran interés de los tiempos de 'transición', a menudo muy prolongados..."¹⁰⁴

Pero este es otro asunto (el de la estructura de clases, los conflictos que origina y la resolución de los mismos; para el período en cuestión: la revolución burguesa) que no podemos tratar en el limitado espacio del presente trabajo.

¹⁰³ Ibídem, *El Vinalopó*, 15 de junio de 1884, "Inundación". Imagen de prosperidad que acríticamente heredan los semanarios republicanos de principios del siglo XX: *La Libertad*, 5 de mayo de 1912.

¹⁰⁴ P. Vilar, *Crecimiento y desarrollo. Economía e Historia. Reflexiones sobre el caso español*, Barcelona, 1964, págs. 87-89.

TABLA I. EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN SEGÚN LAS FUENTES CONSULTADAS

(v = vecinos; h = habitantes)

Años	Villa +	S. Juan = Elche +	Partidas =	Total +	Santa Pola =	Total
1712						11.172 v.
1733	1.140 v.	622 v.	1.762 v.	104 v.	1.866 v.	16 v.
1735						11.882 v.
1739	1.900 v.	1.000 v.			2.900 v.	50 v.
1761	2.151 v.	1.189 v.	3.340 v.	347 v.	3.687 v.	41 v.
1765						3.728 v.
1770						3.296 v.
1781					3.605 v.	164 v.
1785						4.385 v.
1787						4.500 v.
1794					20.430 h.	180 v.
1797					17.280 h.	719 h.
1802					19.560 h.	794 h.
1806						20.354 h.
1813						20.354 h.
1819	1.264 v.	904 v.	2.168 v.	666 v.	2.834 v.	190 v.
1820					3.043 v.	183 v.
1822						3.226 v.
1825						14.955 h.
1833 (?)						23.088 h.
1834						19.405 h.
1841						19.042 h.
1845						19.568 h.
1847						17.981 h.
1857						16.526 h.
1860						10.353 h.
1877						9.180 h.
1887						18.734 h.
1897						19.646 h.
1900						23.847 h.
1904						27.975 h.
1910						27.308 h.
						14.308 h.
						14.308 h.
						27.430 h.
						30.511 h.

FUENTES:

Vecindario de Campoflorido (datos de 1712).

Padrón de vecinos de la Parroquia de Santa María y del Salvador; Manifiesto de los bienes de los Vecinos de la Universidad de San Juan (datos de 1733). A. M. E.

Padrón Demográfico del Reino de Valencia, 1735, publicado por J. Camarena Mahiques.

Relación del administrador del Duque en Elche, 1739. A. M. E.

Vecindario de la villa de Elche..., año 1761. A. M. E.

Informes municipales de 1765 y 1770. A. M. E.

Certificados de los párrocos en 1781. A. M. E.

Censo de Floridablanca, 1787.

Cavanilles (datos de 1794).

Manuscritos e impreso (datos de 1797, 1802 y 1806). A. M. E.

Cabildo de 1812 y 1813. A. M. E.

Reparto del equivalente, años 1819, 1820 y 1822. A. M. E.

Miñano (datos de 1825).

Resumen de las Provincias, Corregimientos, Alcaldes Reales y Ayuntamientos, año 1833? A. M. E.

Matrícula del subsidio de comercio, año 1834. A. M. E.

Expediente formado a consecuencia del R. D. de 7 de febrero de este año 1841 sobre la estadística general. A. M. E. (Cifra recogida por Madoz).

B. O. Provincia de Alicante para 1845 y 1847. Censos de población de 1857, 60, 77, 87, 97, 1900 y 1910. Para 1904: Boletín del secretariado del ayuntamiento de Elche. A. M. E.

TABLA II. EVOLUCIÓN APROXIMADA DE LA POBLACIÓN DEL TÉRMINO DE ELCHE (COMPRENDIENDO A SANTA POLA) DURANTE LOS SIGLOS XVIII Y XIX (HABITANTES)

Años	Población	Ia. (1)	Ib. (2)	Ic. (3)
1712 (4)	5.039	34	100	
1733 (5)	8.084	55	160	
1761 (6)	16.030	109	318	
1770 (7)	15.974	108,9	317	
1781 (8)	18.855	129	374	
1787	17.403	119	345	
1794	21.208	145	421	100
1813 (9)	17.200		341	81
1833 (10)	19.224		382	91
1841 (11)	19.568		388	92
1857	22.292		442	105
1877	23.848		473	112

(1) Ia. = 100 = suma de 1712-1794 dividido por 7 = 14.656.

(2) Ib. = 100 (1712).

(3) Ic. = 100 = 21.208 (1794).

(4) Aplicando un coeficiente (k) igual a 4,3 (coeficiente que utiliza Cavanilles para Elche). La cifra debemos considerarla inferior a la realidad, pero no entramos en el cálculo del porcentaje de ocultaciones, por cuanto debió variar mucho en las distintas zonas. Bustelo es partidario de duplicar, como mínimo, las cifras que para el conjunto de España da el Vecindario de Campoflorido.

(5) La cifra que recogemos es la resultante de confrontar dos tipos de fuentes: las municipales dan para 1730-22, 1.882 vecinos; el Padrón publicado por Camarena ofrece un total de 1.871 vecinos para 1735? Redondeando nos hemos quedado con 1.880 vecinos para 1733, multiplicado por k (= 4,3).

(6) Hemos tomado como buenas las cantidades del vecindario de 1761, realizado, según parece, con bastante exactitud.

(7) La cifra de 1770 la hemos calculado a partir de los datos del informe municipal de dicho año, añadiendo los pobres, que en dicho informe no aparecen. Naturalmente, creemos muy discutible esta cifra.

(8) El certificado de los párrocos, en 1781, coincide bastante con una descripción del término hecha en 1785. Consideramos que es bastante fiable la cifra de 1781 (k = 4,3).

(9) Hemos prescindido de los contradictorios datos de 1797, 1802 y 1806. La cifra de 1813 no es exacta, pero refleja la crisis demográfica que tiene lugar en Elche a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XIX. Aunque las fuentes para estos años sean muy problemáticas, no podemos pasar por alto que, en todas ellas, hay constancia de esta crisis.

(10) A partir de las fuentes de 1833 y 1834.

(11) El Expediente de 1841 es bastante fiable y la cifra de población será entendida como buena por Madoz, quien la incluye en su Diccionario.

TABLA III. EVOLUCIÓN DE LA PRODUCCIÓN DE CEREALES EN ELCHE DURANTE EL SIGLO XVIII

Años	Cah. trigo	I	Cah. cebada	I	Total granos (cah.)	I
1741	131	4,8	1.270	5,6	1.401	5,6
1744	1.097	40,3	3.650	16,1	4.747	19,2
1745	5.312	195,1	20.049	88,8	25.361	102,6
1746	3.292	120,4	27.138	120,3	30.430	123,2
1747	2.019	74,1	17.034	75,5	19.053	77,1
1750	3.556	130,6	18.885	83,7	22.441	90,8
1752	5.444	200,0	53.535	237,3	58.979	238,7
1762	790	29,0	11.797	52,3	12.587	50,9
1763	2.810	103,2	26.450	117,2	29.260	118,4
1764	2.458	90,3	20.155	89,1	22.613	91,5
1765	702	25,7	17.933	79,5	18.635	75,4
1766	3.820	140,3	29.000	128,5	32.820	132,8
1767	3.600	132,2	35.178	155,9	38.778	157,0
1768	3.029	111,2	36.448	161,5	39.477	159,7
1769	1.000	36,7	15.000	66,5	16.000	64,7
1771	2.000	73,4	24.000	106,4	26.000	105,2
media de						
1780-4	3.248	119,3	26.185	116,0	31.433	127,2
1794	6.000	220,4	30.000	133,0	36.000	145,7
1803	1.405	51,6	14.860	65,8	16.265	65,8

(Fuentes: Informes de los alcaldes; Cavanilles; y libros de diezmos. I = 100 = media del período.)

TABLA IV. PRODUCCIÓN DE CEBADA. RECTA DE TENDENCIA (1762-1768)

Años	I	x	y	xy	x ²	Ordenada
1762	45	-3	-55	165	9	58
1763	105	-2	5	-10	4	72
1764	81	-1	-19	19	1	86
1765	67	0	-33	0	0	100
1766	118	1	18	18	1	114
1767	140	2	40	80	4	128
1768	142	3	42	126	9	142

I = 100 = media (1762-68) = 27.739 cah.

Índice medio = 99,7 — 100.

Pendiente de la recta:

$$\frac{\text{Suma de } xy}{\text{Suma de } x^2} = \frac{398}{28} = 14,2 - 14$$

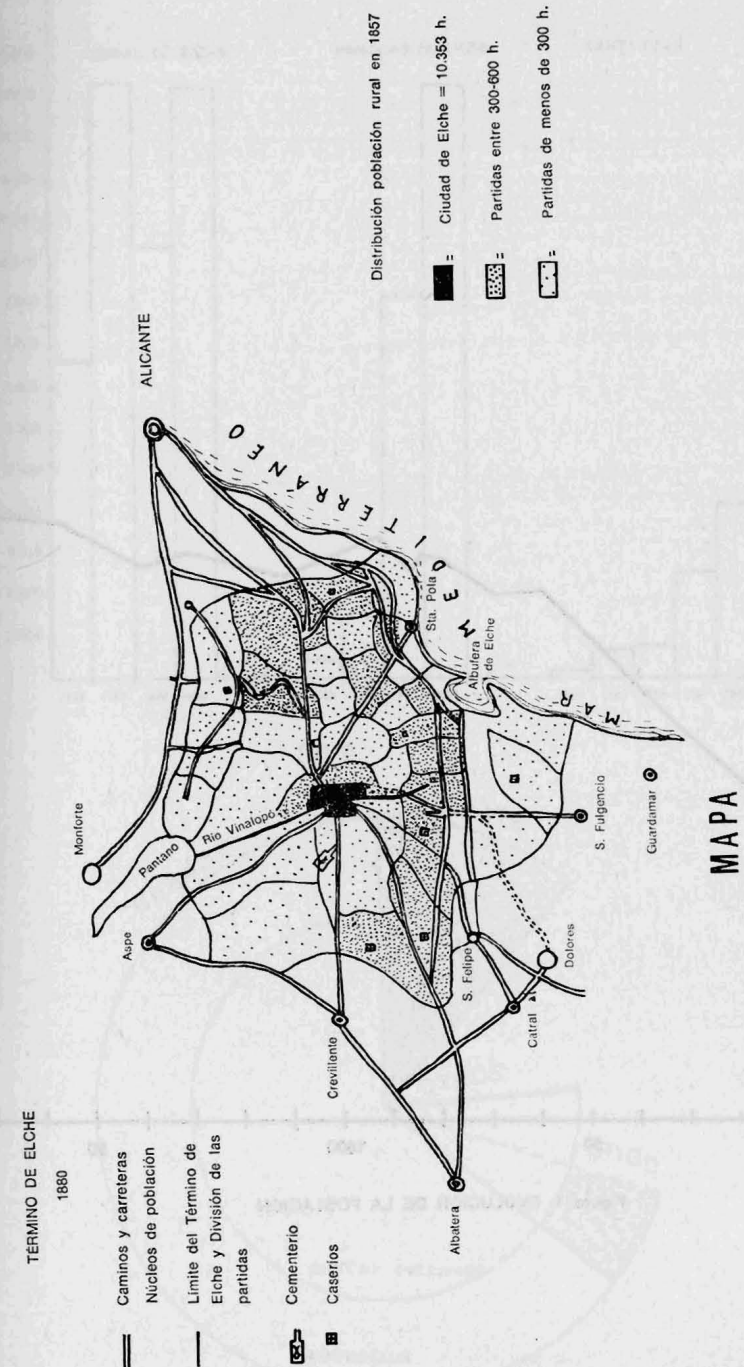
TABLA V. PRODUCCIÓN DE ACEITE (COSECHA CADA DOS AÑOS)

Años	Arrobas	Índice 100 = = media del periodo = 189.784
1744-45	98.563	51,9
1746-47	280.982	148,0
1752-53	240.383	126,6
1765-66	249.600	131,5
1767-68	173.705	91,5
1769-70	172.800	91,0
1770-71	208.640	109,9
1793-94	93.600	49,3

TABLA VI. ARRENDAMIENTO DEL TERCIO DIEZMO DE BARRILLA (1677-1768)

Años	Reales plata	Índice
1677	2.222	100
1741	2.055	137
1744	7.222	325
1745	6.152	277
1746	8.203	369
1747	6.438	290
1750	7.004	315
1752	3.553	160
1756	6.176	278
1760	8.250	371
1761	8.920	401
1764	17.670	795
1765	22.684	1.021
1766	14.604	657
1767	1.376	62
1768	21.595	972

UNIVERSIDAD DE VALENCIA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA



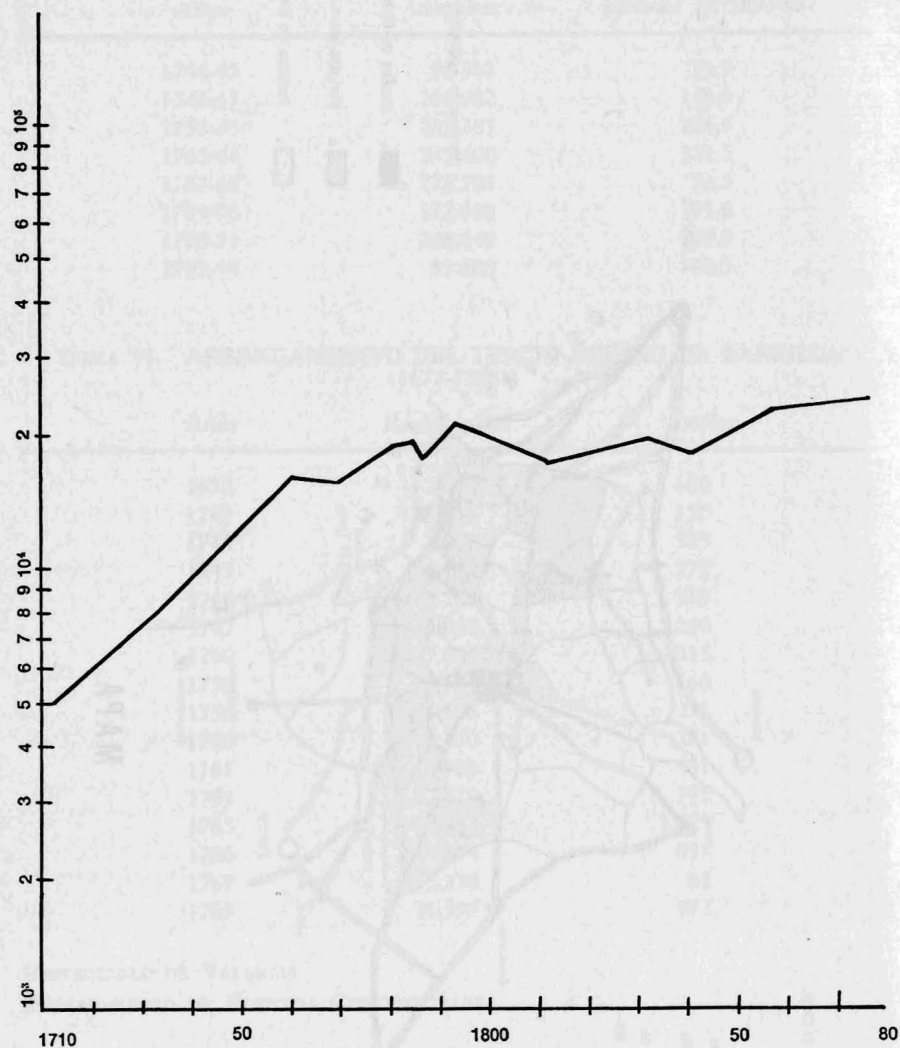


Figura 1: EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN

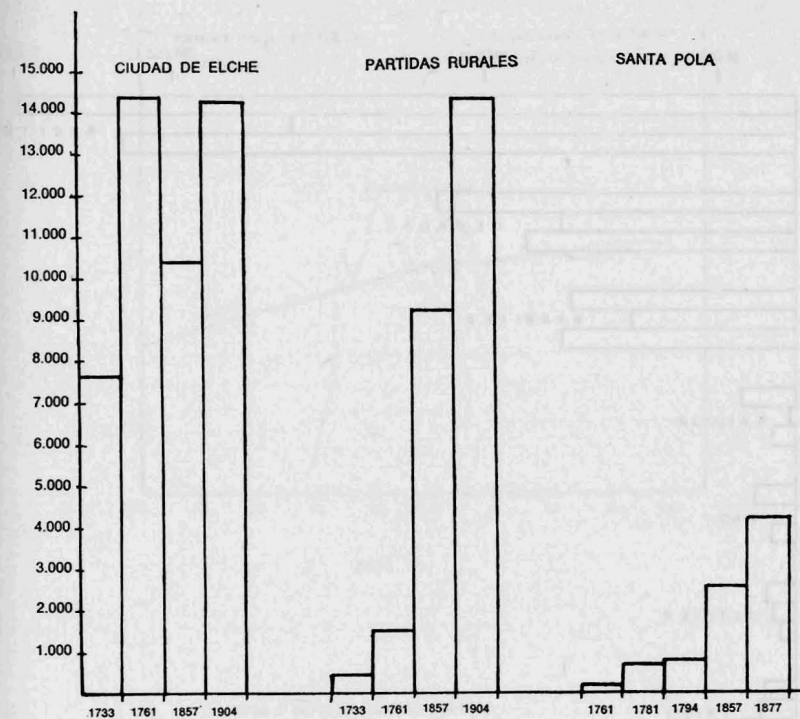


FIG 2

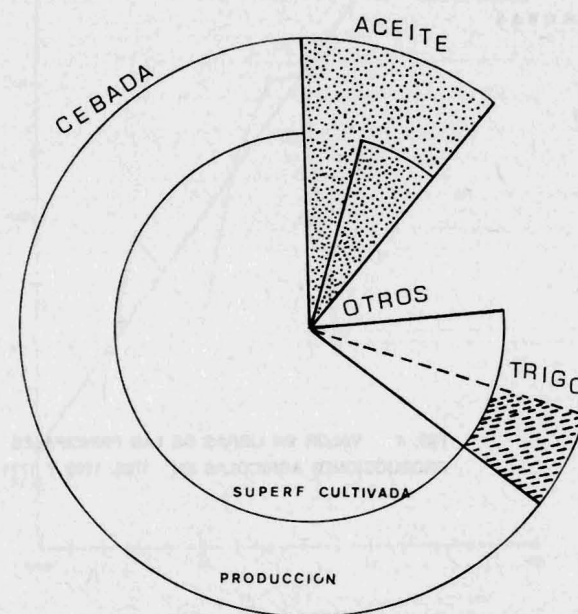


FIG 3

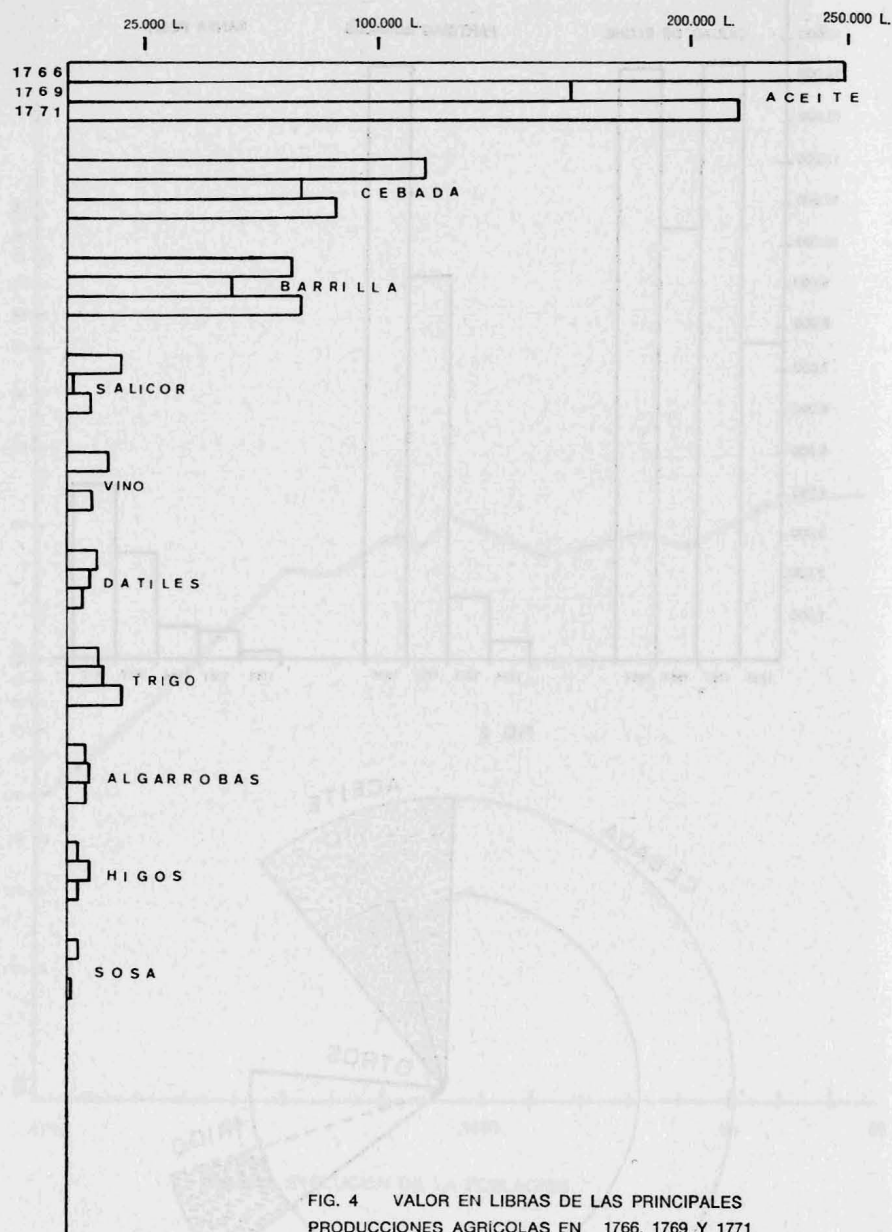


FIG. 4 VALOR EN LIBRAS DE LAS PRINCIPALES PRODUCCIONES AGRÍCOLAS EN 1766, 1769 Y 1771

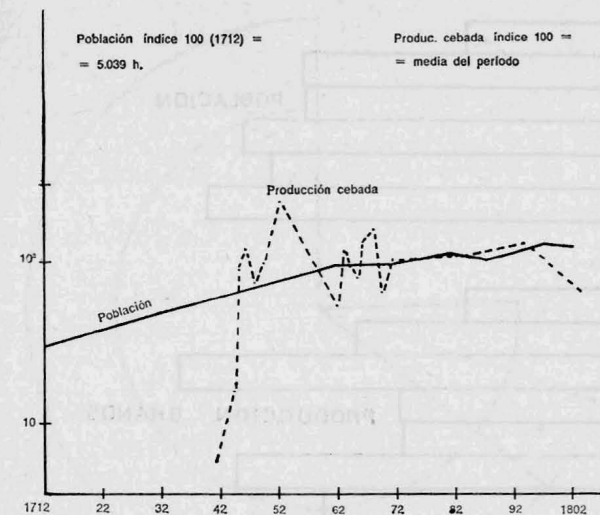
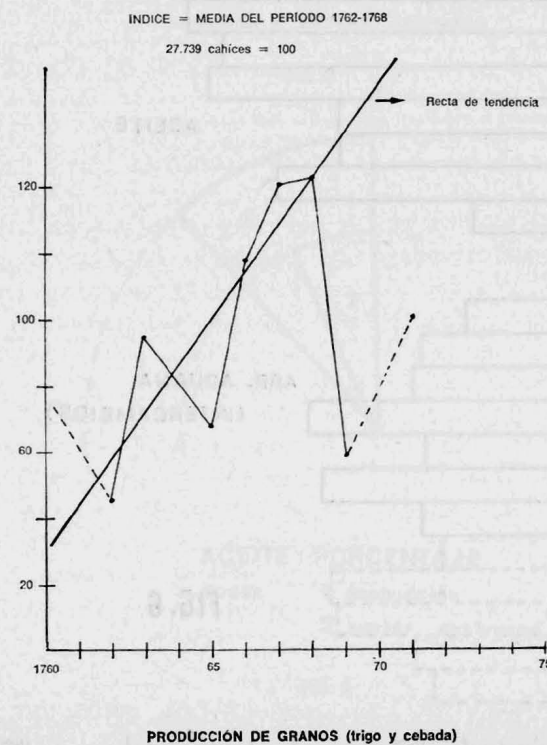
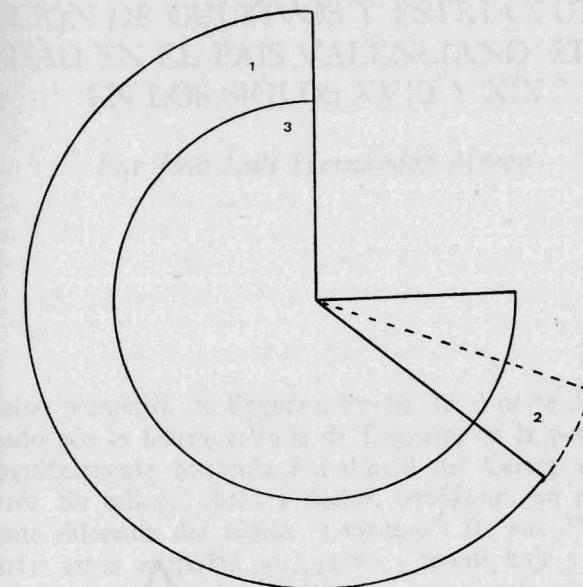
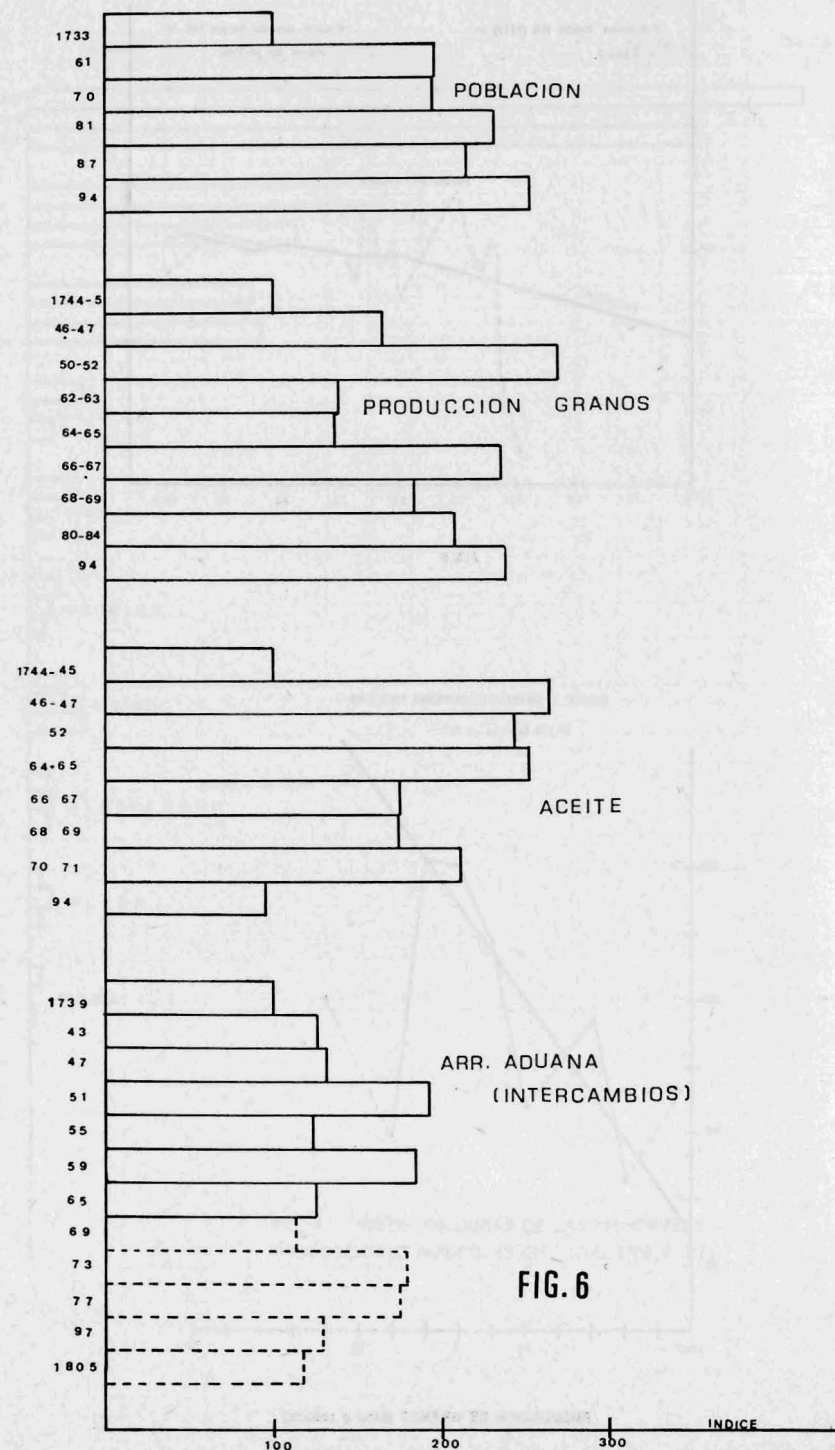


FIG. 5

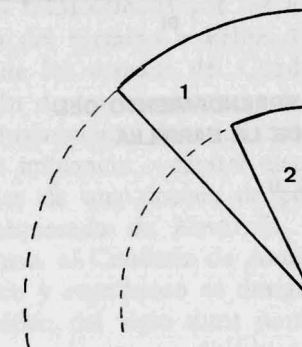


PRODUCCIÓN DE GRANOS (trigo y cebada)



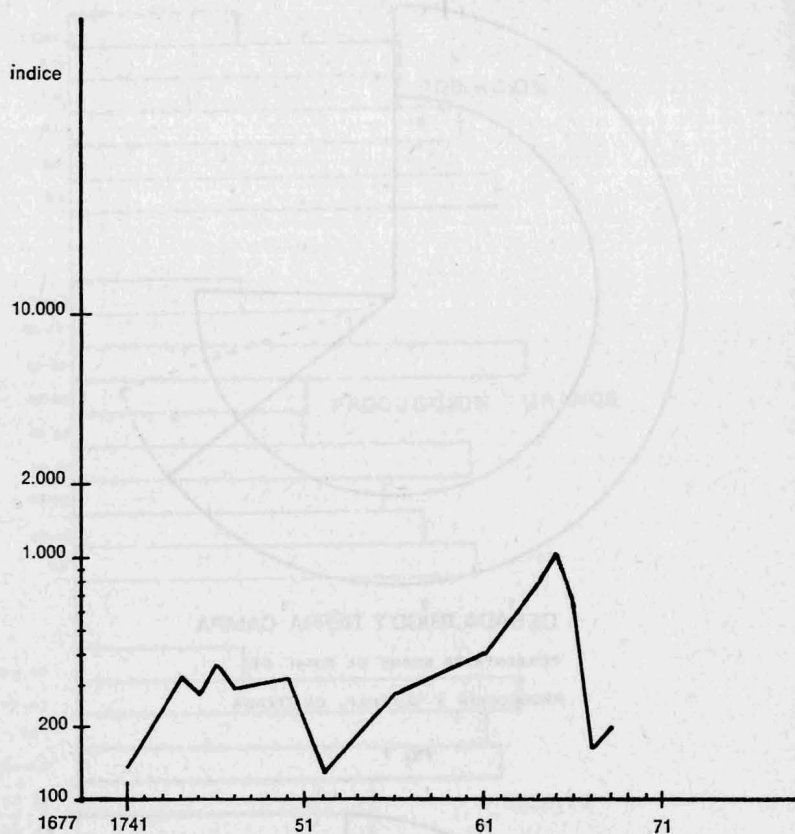
1 2 3
CEBADA, TRIGO Y TIERRA CAMPA
PORCENTAJES SOBRE EL TOTAL DE
PRODUCCION Y SUPERF. CULTIVADA

FIG. 7



ACEITE : PORCENTAJE
SOBRE 1 PRODUCCION
2 SUPERF CULTIVADA

FIG. 8



**EVOLUCIÓN DEL ARRENDAMIENTO DEL
TERCIO DIEZMO DE LA BARRILLA**

FIG. 9